

CATHERINE BILSON

LA
NOVIA
DIJO
NO



La Novia Dijo No

Una novela de romance escocés de la Regencia

Catherine Bilson

Copyright en inglés 2024

Copyright en español 2024

Todos los derechos reservados.

No se puede reproducir, distribuir ni transmitir ninguna parte de esta publicación en ninguna forma ni por ningún medio, incluidos, entre otros, fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto según lo permita expresamente la Ley de Derechos de Autor de los Estados Unidos.

Las historias, los nombres, los personajes y los eventos representados en esta publicación son ficticios. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas), lugares, edificios y productos reales es pura coincidencia y no intencional.

Tabla de contenido

1. Capítulo Uno
2. Capítulo Dos
3. Capítulo Tres
4. Capítulo Cuatro
5. Capítulo Cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo Siete
8. Capítulo Ocho
9. Capítulo Nueve
10. Capítulo Diez
11. Capítulo Once
12. Capítulo Doce

Otros libros de la autora Catherine Bilson



Capítulo Uno

—¡LLEGAS TARDE!

Aidan MacAndrew parpadeó ante su madre mientras ella abría de golpe la puerta principal de su casa señorial en Edimburgo y prácticamente le gritaba.

—A mí también me alegra verte, madre —dijo plácidamente mientras subía los escalones, asintiendo al mozo que llevaba su caballo a las caballerizas—. ¿Cómo has estado?

—Oh, no empieces —pero Fiona MacAndrew sonrió y se puso de puntillas para besarle la mejilla cuando él se detuvo frente a ella.

—¿Dónde está Gallagher, o has decidido asumir las funciones de mayordomo?

—Aquí, mi señor —entonó una voz lúgubre, y Aidan miró más allá de su madre para ver al mayordomo frunciendo el ceño con desaprobación—. Lady MacAndrew fue un poco precipitada...

—¡Por supuesto que lo fui, llega tarde! —declaró Fiona, agarrando el brazo de Aidan y girándolo para hacerlo bajar los escalones.

—Madre, acabo de llegar —objetó Aidan, tratando de liberar su brazo de las tenaces garras de ella—. Tenía la esperanza de tomar un refrigerio antes de que me arrastres a cualquier recado que tengas en mente.

—No es un *recado*, hijo mío. —Ella lo miró fijamente—. Espera. ¿No recibiste mis cartas? ¿No estuviste en Loch Loyne?

—No, he estado en Raasay. No pasé por Loyne de camino aquí. —Era evidente que las cartas que ella había enviado aún no lo habían alcanzado.

—Bueno, eso explica las cosas. ¡Tu primo se casa esta mañana, y hasta que llegaste cabalgando hace un momento, estaba desesperada pensando que no asistirías! Ahora, *vamos*, Aidan, o llegaremos tarde.

Suspirando con resignación, Aidan pospuso a regañadientes sus sueños de una deliciosa comida y un baño caliente por unas horas, y caminó con su madre mientras ella lo arrastraba por la calle. —¿Qué primo? —preguntó, rindiéndose a lo aparentemente inevitable.

—Donal.

Aidan se quedó inmóvil, mirando a su madre. —Perdona —dijo después de un momento de silencio—, ¿has dicho que *Donal* se va a casar?

—En efecto. —Fiona sonrió radiante, alisando su falda con la mano libre—. Tu tía está encantada. Pensó que nunca le encontraría otra esposa después de, bueno... ya sabes.

Después de los rumores de que asesinó a su primera esposa.

Aidan no lo dijo en voz alta. Donal MacAndrew era la oveja negra de la familia, y aunque nunca se había probado nada, Aidan creía firmemente que Donal era capaz de lo que se le había acusado. Shona MacAndrew había dado a su marido dos hijas, ambas bebés enfermizas que no sobrevivieron a su primer año, y luego ella misma pereció en una caída por las escaleras. Los rumores decían que Shona llevaba meses negándole a Donal su lecho antes de eso.

Aidan no comentó nada de esto, solo dijo: —No había ningún indicio de esto hace un mes. ¿Quién es la novia, entonces?

—Emily Mortlake —dijo Fiona con suficiencia—. La *Honorable* Emily Mortlake, para ser exactos. Inglesa —hizo una pequeña mueca de disgusto—, pero de *tan* buena familia. ¡El vizconde de Leverton es su padre, y el tío de su madre es un duque!

A Aidan no le impresionaban los títulos. Como jefe del clan, él mismo tenía media docena. Lo que quería saber era cómo, precisamente, su primo bueno para nada había conseguido una novia inglesa tan bien conectada, y si era demasiado tarde para advertir a su familia y detener la boda sin crear un escándalo de proporciones serias.

Y muy probablemente era demasiado tarde, se dio cuenta cuando llegaron frente a la iglesia al final de la calle y vio a la multitud reunida que entraba. Ya debía haber un centenar de invitados; esto no era algo que se hubiera organizado apresuradamente en un día o dos. La mayoría del clan MacAndrew extendido estaba presente, lo que significaba una semana de viaje para algunos de ellos.

¿Esperó Donal deliberadamente a que yo dejara Edimburgo para poner las cosas en marcha, y luego retrasó informarme por temor a que interviniera? Aidan no dudaría que su primo hubiera interceptado las cartas de Fiona también.

El propio Donal estaba de pie junto al altar, impecablemente vestido y sonriente, la imagen de un novio ansioso. Un rostro hermoso ocultaba un temperamento feo, como Aidan sabía muy bien.

Donal era cuatro años mayor y hasta que Aidan creció lo suficiente para defenderse, Donal se deleitaba atormentándolo. Donal no parecía encantado de verlo ahora, mientras Aidan acompañaba a su madre a un asiento en el banco delantero, saludaba a su tía que ya estaba sentada allí, y tomaba su propio asiento.

El organista de la iglesia tocó una nota, y la congregación parlanchina se calló. Unos momentos después, Aidan vio por primera vez a la mujer que aparentemente había aceptado casarse con su primo mientras caminaba por el pasillo del brazo de su padre.

Era alta, esa fue su primera impresión. Tan alta como su padre, o presumía que era su padre quien la escoltaba. Esbelta. Cabello claro, un poco demasiado pálido para llamarlo dorado, recogido en elaboradas trenzas y rizos alrededor de su rostro. Vestida costosamente con una seda de color lavanda pálido con más encaje del que le quedaba bien.

La Honorable Señorita Emily Mortlake también estaba pálida como una sábana, temblando como una hoja en la brisa, y definitivamente arrastrando los pies mientras su padre prácticamente la arrastraba por el pasillo.

Esto me gusta cada vez menos.

El ministro comenzó la ceremonia con una bienvenida y una bendición, pero Aidan escuchó poco de ello, su atención fija en la mano de la Señorita Mortlake. No descansaba casualmente sobre la manga de su padre. Estaba siendo sostenida allí por un agarre de nudillos blancos, la mano del hombre alrededor de su muñeca como un grillete.

Ella no quiere estar aquí.

—Si algún hombre puede mostrar justa causa por la que no puedan ser legalmente unidos, que hable ahora o calle para siempre —dijo el ministro.

La iglesia estaba en silencio. Donal le lanzó una mirada a Aidan y negó ligeramente con la cabeza. Bien podría haber gritado *¡No interfieras!*

A su lado en el banco, su madre se movió. Aidan bajó la mirada y encontró tanto a su madre como a su tía mirándolo con expresiones idénticas y suplicantes.

Y por el bien de su familia, Aidan guardó silencio.

—Lo haré —dijo Donal unos momentos después, en respuesta a la siguiente pregunta del ministro.

—¿Y tú quieres tomar a este hombre como tu legítimo esposo, para vivir juntos según la ordenanza de Dios en el santo estado del Matrimonio? ¿Le obedecerás y le servirás, le amarás, honrarás y cuidarás en la enfermedad y en la salud; y, renunciando a todos los demás, te

mantendrás sólo para él, mientras ambos viviereis? —preguntó el ministro a la novia, con un tono casi aburrido mientras hacía la pregunta de rigor.

Hubo un breve silencio. Aidan vio que los dedos del padre de Emily se apretaban aún más alrededor de su muñeca, lo suficientemente fuerte como para dejarle un moretón, pensó, y comenzó a dar un paso adelante, sin saber siquiera en su mente qué iba a hacer.

—No.



Capítulo Dos

APESAR DE SU ROSTRO pálido y su cuerpo tembloroso, la voz de Emily Mortlake era fuerte, segura y bastante alta. —No —repitió—. No lo haré.

—¡Sí, lo harás! —espetó su padre.

Un murmullo se extendió por la iglesia, más rápido que un incendio forestal. *¿Ha dicho que no? ¡Lo ha dicho! Dios mío...*

El ministro hizo una pausa. Miró a Donal. —Me temo que es la novia quien debe dar su respuesta —dijo finalmente—. Quizás debería repetir la pregunta...

—No. —La voz de Emily sonó un poco más baja esta vez, pero igual de firme—. Lo siento —dijo, aparentemente dirigiéndose a Donal—. No puedo hacerlo. No puedo casarme contigo.

—Estúpida... —su padre estaba rojo de ira. Le sacudió el brazo con fuerza.

—Le sugiero que la suelte ahora mismo. —Aidan no iba a quedarse de brazos cruzados mientras maltrataban a una mujer en su presencia. Dio un solo paso amenazador hacia adelante, y el hombre soltó a Emily, aparentemente sorprendido por ser confrontado.

Emily no perdió ni un segundo. Agarrando sus faldas cubiertas de encaje, se las levantó hasta las rodillas, giró sobre sus talones y salió corriendo como si los sabuesos del infierno la persiguieran.

Desafortunadamente, para entonces la mitad de la congregación se estaba moviendo, obstruyendo los pasillos mientras se abalanzaban para mirarla e intentar entender lo que estaba sucediendo, y su camino hacia la salida estaba bloqueado. No dudó ni un segundo antes de cambiar de dirección y dirigirse hacia la única puerta a la que tenía acceso libre, huyendo por ella y cerrándola de un portazo tras de sí.

El padre de Emily salió tras ella, y Donal habría seguido si Aidan no lo hubiera agarrado del brazo. Toda la iglesia estaba en un alboroto, el ministro preguntaba débilmente qué estaba

pasando. Había suficiente confusión para que Aidan le espetara a su primo:

—¿Qué demonios está pasando?

—No tengo tiempo para la historia completa...

—¡Entonces solo lo esencial! —Aidan se aferró implacablemente al brazo de Donal mientras su primo intentaba seguir a Emily y su padre—. O incluso si ella regresa, yo mismo detendré la boda. ¡Empieza a hablar, Donal!

—Le gané una fortuna jugando a las cartas —dijo Donal rápidamente, manteniendo la voz baja—. Una fortuna que resulta que no tiene. Solo su dote. Es su padrastro, no su padre, su verdadero padre le dejó todo su dinero a Emily, pero está retenido hasta que se case. ¡Ella dijo que sí!

—Y ahora ha dicho que no.

Donal frunció el ceño sombríamente. —Ese dinero es mío.

—Ese dinero no era suyo para apostar —corrigió Aidan—. Ni la chica. Es una persona, no una posesión.

—Ella dijo que sí —protestó Donal débilmente, pero en realidad no se había atrevido a enfrentarse a Aidan desde que este tenía once años y ganó por primera vez cuando se defendió de su atormentador.

—Quédate aquí —ordenó Aidan, y se alejó sin mirar atrás.

Podía oír los gritos incluso antes de llegar a la puerta cerrada de la sacristía. La abrió cuando el volumen aumentó, revelando a Emily Mortlake acobardada ante la furia de su padrastro, una marca enrojecida en su mejilla mostraba que ya la había golpeado al menos una vez.

—¡Basta! —Aidan vio rojo y avanzó con grandes zancadas—. Si vuelve a ponerle una mano encima, ¡por Dios que necesitará que el ministro le lea la extremaunción!

—¿Quién demonios es usted?

—Soy Aidan MacAndrew, Laird MacAndrew, Conde de Loyne —dijo, con voz fuerte y segura mientras tomaba el control de la situación—. ¿Y usted?

El hombre de rostro enrojecido frente a él pareció desinflarse un poco. —Oh. Yo... me disculpo, milord, no nos han presentado...

—En efecto. ¿Su nombre?

—Keevan Holt, milord.

—Señor Holt. —Aidan asintió, un gesto perfunctorio de reconocimiento más que de respeto. Un hombre que levantara la mano contra una mujer no merecía ninguno, en su opinión—. Ahora tendré unas palabras en privado con la señorita Mortlake.

—Usted...

La situación ya era bastante tensa, juzgó, sin necesidad de escalarla más. —Mi primo pensó que podría ser de alguna ayuda. —Aidan mantuvo su voz tranquila y mesurada, su mirada firme.

—¡A ver si puede hacerla entrar en razón, entonces, Dios sabe que la estúpida mocosa no me está escuchando! —Holt empujó a su hijastra lejos de él, con tanta fuerza que seguramente se habría desplomado en el suelo si Aidan no hubiera dado un paso adelante para atraparla.

Emily trató de alejarse de él inmediatamente y Aidan la guió para que se mantuviera firme sobre sus pies, luego la dirigió hacia una silla en el rincón de la habitación.

—¿Por qué no se sienta un momento? —dijo amablemente.

—Cinco minutos —espetó Holt—, ¡y más te vale estar de vuelta en el altar preparada para decir tus votos, si sabes lo que te conviene! —Salió furioso de la habitación, dejando la puerta abierta.

Aidan dudó antes de cerrar prudentemente la puerta, apoyándose contra ella por un momento mientras observaba a Emily. Temblando y pálida, se secaba las mejillas húmedas con la manga.

—Tome. —Aidan sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y se lo ofreció. Ella lo tomó sin mirarlo, se secó los ojos y luego se sonó la nariz con un resoplido poco femenino.

—No puede obligarme a casarme con él. —Su voz temblaba, pero era bastante clara y fuerte.

—No puedo —concordó Aidan—. Ni tampoco su padrastro, pero debe ser consciente de que él puede hacer su vida perfectamente miserable si no lo hace. ¿O tiene algún tipo de plan, un lugar adonde ir, recursos financieros independientes que él no controle?

Emily hizo una mueca, pero levantó la mirada para encontrarse con sus ojos, tal vez infiriendo por su tono calmado y objetivo que él, al menos, no tenía intención de gritarle ni presionarla. —Me han ofrecido un puesto como maestra.

Las cejas de Aidan se alzaron; definitivamente no esperaba eso. —¿Una maestra? —repitió.

—Sí. En la Academia Lady Honoria Altmere para Señoritas en Durham —añadió—, donde me eduqué.

—¿Y este puesto es específico o genérico? —preguntó Aidan.

Ella pareció confundida.

—Supongo que Lady Honoria le ofreció un puesto, pero ¿fue algo así como «me complacería que enseñara aquí, señorita Mortlake», o tiene una oferta de empleo específica, una carta ofreciéndole el puesto?

—Específica —aclaró Emily—. Me invitan a enseñar botánica y geografía. Comenzando cuando pueda. Es un puesto con alojamiento y un pequeño estipendio, así que, ya ve, no dependo de la generosidad de mi padrastro.

—Aunque Lady Honoria depende de que las familias bien conectadas y adineradas sigan enviando a sus hijas a su academia —señaló Aidan—. ¿Podrá garantizar aún su puesto después de que se haya visto envuelta en un escándalo como este?

Emily palideció. —¿Está amenazando...?

—¡No! —Horrorizado de que pudiera pensar eso, levantó las manos—. Pero conozco a Lady Honoria, algunas de mis primas más jóvenes asisten a su academia, y no creo que arriesgue la reputación de la escuela contratándola con una nube como esta sobre usted. Y creo que lo sabe.

La mandíbula de Emily se tensó, sus labios se apretaron tanto que se volvieron blancos. Cerró los ojos y respiró hondo. —Encontraré un puesto en algún lugar. De institutriz para alguna familia de comerciantes, si nadie de la *alta sociedad* me acepta. Mi educación es incomparable.

—¿Tan terrible es la idea de casarse con mi primo? —¿*Qué habrá oído la chica?*, se preguntó Aidan.

—Ni siquiera le agrado —dijo Emily—, y apenas lo conozco. N-no espero c-casarme por amor, pero quiero r-respeto mutuo. Como mínimo. —Era obvio que estaba luchando por contener más lágrimas, tartamudeando ligeramente mientras se esforzaba por pronunciar las palabras.

—¿Por qué le dijo que sí a Donal? —Sospechaba que no lo había hecho y que Donal estaba mintiendo, pero la forma en que Emily bajó la mirada y se mordió el labio le dijo a Aidan que, en algún momento, había consentido el matrimonio.

—Parecía una mejor opción que estar bajo el control de mi padrastro el resto de mi vida. Al menos, hasta que volví al estudio después de que me enviaran a mi habitación, y los escuché a los dos discutiendo cómo se repartirían mi dote y qué planeaban hacer con el dinero. Me quedé fuera de la puerta escuchando, y durante diez minutos Donal ni siquiera mencionó mi nombre. Era evidente que yo ni siquiera pasaba por su cabeza, aparte de ser una fuente de riqueza futura. Era valiente y tenía opiniones firmes, y Aidan sospechaba que estaba a punto de hacer algo muy estúpido, pero no le había agradado nada su padrastro y, independientemente de eso, no creía que ninguna mujer mereciera casarse con Donal. Por ninguna razón.

Unos pasos afuera le advirtieron que se les acababa el tiempo, y con un suspiro, dijo: —Escóndase.

—¿Cómo... dice? —Ella lo miró con esos ojos grandes y heridos.

—Escóndase. No puedo sacarla de aquí ahora mismo sin provocar una persecución que la atraparía en minutos. Pero si se esconde, puedo decir que huyó. Saldrán corriendo en todas

direcciones buscándola. En unas horas, cuando las cosas se hayan calmado, la sacaré de aquí a escondidas.

—¿A dónde? —pero ya se estaba poniendo de pie, apresurándose hacia el armario con cortinas donde colgaban las vestiduras del ministro.

—Esa es una excelente pregunta, y para cuando pueda sacarla de aquí con seguridad, habré encontrado una respuesta —prometió Aidan, acomodando rápidamente las túnicas mientras ella se metía detrás de ellas. Oyó un resoplido de risa y sonrió—. Le sugiero que piense exactamente a dónde le gustaría ir, teniendo en cuenta que la academia de Lady Honoria probablemente sea el primer lugar donde la buscarán.

El pesado picaporte de hierro comenzó a girar; rápidamente, Aidan cruzó la habitación hasta la ventana y la abrió lo más que pudo. Parado junto a ella, se volvió para enfrentar la puerta.

El ministro se asomó, su amable rostro preocupado. —¿Está la joven... *dónde* está la joven?

—Se fue —dijo Aidan con naturalidad. Señaló la ventana abierta—. Trepó y salió corriendo. La cosa más condenada que he visto en mi vida.

—¿Trepó por la *ventana*? —repitió el ministro con evidente asombro. Miró el estrecho hueco, y Aidan pudo ver que se lo preguntaba: ¿podría realmente una joven salir por ahí? Tal vez. Lógicamente, debía haberlo hecho, ya que no había vuelto al interior de la iglesia.

—¿Dónde está? —retumbó una voz más profunda, y Holt se abrió paso empujando al ministro. Aidan señaló de nuevo la ventana con un encogimiento de hombros. —Parece que realmente no quiere casarse con mi primo. No escuchó ni una palabra de lo que le dije. Su hija es del tipo obstinado.

El rugido de rabia de Holt casi sacudió las paredes de la vieja iglesia de piedra, y luego salió como una tromba de la sacristía, gritando a Donal, a sus amigos que le ayudaran a buscar a Emily.

—¡No puede haber ido lejos! —Aidan oyó los gritos, y sonrió para sus adentros.

El ministro lo miraba de manera extraña, y luego sus ojos se deslizaron hacia el armario. La mirada de Aidan siguió la del otro hombre, y se estremeció. Un pequeño par de pies con zapatillas de satén lavanda eran apenas visibles, si uno miraba con atención.

—No puedo aprobar que se obligue a una joven a casarse contra su voluntad —dijo el ministro tras un momento de tenso silencio—, pero... creo que probablemente debería ayudar al señor Holt a buscar a su hija. Me temo que pasarán varias horas antes de que pueda regresar a la iglesia. Usted vive cerca, Lord MacAndrew; ¿podría tal vez pedirle que uno de sus hombres monte guardia en la puerta de la iglesia, solo para asegurarse de que no entre nadie que no deba?

—Haré que alguien venga de inmediato —prometió Aidan—. Mi familia siempre ha sido generosa en su apoyo a San Domingo. —Enfatizó las palabras cuidadosamente, asegurándose de que el ministro supiera que su gesto era comprendido y apreciado.

—Sí, lo sé —dijo el ministro, manteniendo la mirada cuidadosamente apartada de esos pequeños pies en el armario, antes de salir, cerrando la puerta de la sacristía tras él.

Aidan oyó el suspiro de alivio de Emily.

—Será mejor que se mantenga escondida un rato, por si alguien entra —advirtió—. De hecho, enviaré a algunos de mis hombres, vivo justo en la calle. Haré que uno de ellos le traiga algo de comida y un cambio de ropa. Si sale de aquí en un par de horas vestida como una criada, nadie se fijará en usted, supondrán que estaba limpiando la iglesia.

—Está siendo muy amable —dijo ella con voz queda, amortiguada por las túnicas—. ¿Por qué? He plantado a su primo...

—Donal es un canalla y ninguna mujer debería cargar con él —dijo Aidan sin rodeos—. Casi me levanto para decirlo cuando el ministro preguntó si alguien conocía alguna razón por la que el matrimonio no debiera celebrarse, pero legalmente, no hay motivos. Solo el hecho de que es un cerdo y un bruto.

Se oyó un susurro de ropa, y ella lo miró con los labios fruncidos. —Habría salido de Guatemala para entrar en Guatepeor.

—Así es —coincidió él, sin ver motivo para endulzar las cosas. Era mejor si ella no tenía dudas y accedía a casarse con Donal después de todo. La muchacha obviamente tenía carácter, para desafiar a su padrastro como lo acababa de hacer. Ciertamente merecía algo mucho mejor que Donal.

Se oyeron pasos fuera de la puerta, y Emily rápidamente ocultó su rostro de nuevo. Aidan no le habló, para no alertar a nadie de su presencia. Simplemente salió de la sacristía para buscar a su madre y a su tía e intentar calmar el alboroto que la boda interrumpida había provocado. Y tratar de averiguar qué demonios iba a hacer con la inglesa a quien de alguna manera había prometido su protección.



Capítulo Tres

LA IGLESIA QUEDÓ MUY silenciosa después de que el laird MacAndrew se marchó, pero Emily no se atrevió a salir de su escondite. Simplemente se quedó allí detrás de las vestimentas con olor a alcanfor, apoyada contra la pared, tratando de entender exactamente cómo se había metido en este aprieto.

No creo que haya sido algo que yo hice. Ha sido inevitable desde que mamá murió que Keevan intentara casarme con alguien que lo recompensara generosamente por mí. Y quizás incluso antes de eso.

Hacía tiempo que sospechaba que Keevan Holt se había casado con su madre con la mira puesta en el enorme premio matrimonial en que se convertiría algún día la joven Emily Mortlake, tratando de encontrar una manera de compartir la recompensa de algún modo.

Tener la confirmación había sido un golpe duro.

Descubrir que el apuesto y agradable escocés que la había cortejado y propuesto matrimonio solo se había molestado en hacerlo por su dinero había sido un golpe aún mayor. Pero algo en Emily se había rebelado, algún instinto feroz que ni siquiera sabía que poseía, criada como había sido para ser mansa y dócil, vista y no oída, la dama perfecta, educada, elegante y, sobre todo, *obediente*.

Algo en ella había preguntado, *¿por qué?*

Su padre había muerto cuando ella tenía solo tres años, y no recordaba nada de él, pero había dejado una vasta fortuna en su testamento, completamente separada de la propiedad vinculada que fue a parar a un primo lejano. El dinero era exclusivamente de Emily, invertido por un panel de fideicomisarios, para ser entregado a su marido cuando se casara o, si no lo hacía, a ella al cumplir los treinta años.

Por supuesto, se habían puesto a disposición fondos para su alojamiento y educación, así como una decente pensión para su madre, una heredera menor por derecho propio. Su madre había elegido Durham para que residieran, donde ella misma había crecido, y vivían en una pequeña y muy agradable finca cerca de la ciudad. Una finca que casualmente colindaba con la del Sr. Keevan Holt.

—¿Señorita? —Una voz sobresaltó a Emily—. ¿Está aquí, señorita?

Asomándose, Emily descubrió que una criada había entrado en la sacristía, vistiendo un sencillo vestido de lana gris con un delantal blanco y una cofia blanca en la cabeza.

—Hola —dijo Emily.

—¡Oh, ahí está, señorita! —La criada sonrió, con los ojos bailando con un humor vivaz—. El laird dijo que estaría aquí. Tengo un vestido y una cofia de repuesto para usted. —Se descolgó una bolsa con cordón del hombro—. ¿Necesita ayuda para quitarse ese vestido?

—¡Oh, sí, por favor! —Agradecida, Emily se dio la vuelta, presentando la larga fila de pequeños botones que le había llevado a una criada quince minutos enteros abrochar esa mañana.

—Dios mío. —La criada se rio y se acercó—. Nunca había visto tantos botones. Bueno, manos a la obra, entonces. Soy Sorchá. —Parloteó mientras se ponía a trabajar desabrochando los botones, contándole a Emily que iba a barrer la iglesia y retirar las flores para que fuera evidente que se había hecho trabajo, antes de que las dos se escabullieran justo después del anochecer.

—Nadie mirará a dos criadas —dijo Sorchá con confianza—. Nos iremos sin que nadie lo sepa, y usted estará a salvo en la casa del laird.

—Eres muy amable. —Emily contuvo las lágrimas que amenazaban con volver a brotar.

—¡Ah, nadie debería quedarse atrapada con Donal MacAndrew! Ni una chica en Edimburgo quiere trabajar en su casa, todas hemos oído las historias. Su ama de llaves no contrata a ninguna mujer menor de cincuenta años, sea guapa o fea, o si no Donal las acosará. —Sorchá hizo una pausa en su trabajo con los botones para darle a Emily una palmadita comprensiva en el hombro—. No se preocupe, señorita. Tiene suerte de que el laird haya vuelto a tiempo para detener la boda.

—Eso no es lo que... —Emily se detuvo. Todos los que habían estado presentes sabían lo contrario, por supuesto, pero ¿qué sonaría más plausible para todos los demás: que el laird había detenido la boda, o que la novia había dejado plantado al novio en el altar? Donal no le gustaría ninguna de las dos versiones, sospechaba, pero la primera ciertamente la dejaba a ella en mejor luz. Y quizás el laird realmente la había detenido, ayudándola a esconderse y facilitando su

escape. No podía decir con certeza que finalmente no se habría derrumbado bajo la presión de su padraastro.

—¡Ya está! —Sorcha finalmente terminó con los botones, ayudó a Emily a quitarse el vestido de los hombros—. Oh, cuidado, señorita, la tela...

—No me importa. —Emily no había tenido voz ni voto en nada relacionado con el vestido, desde el color hasta el diseño. Su padraastro había dado órdenes y el vestido había sido debidamente producido. Le daba náuseas mirarlo.

—Bueno, eso es una tontería, si me permite decirlo —dijo Sorcha con franqueza, haciendo que Emily parpadeara—. ¿Sabe por cuánto puede vender esto? ¡Más de lo que yo ganaría en cinco años, y mi salario es generoso para una criada! Debe ser agradable no tener que preocuparse por el dinero —murmuró la criada con un movimiento de cabeza, doblando cuidadosamente el vestido y guardándolo en la bolsa que había traído—, pero en fin, no podemos dejarlo aquí para que lo encuentren y luego la gente empiece a preguntarse cómo se escondió y quién le trajo ropa para cambiarse.

—Tienes razón —dijo Emily, sintiéndose de repente tonta. Toda su vida, nunca había tenido que pensar en el dinero. Cada cosa material que pudiera haber deseado le había sido proporcionada, pero ahora iba a tener que arreglárselas por sí misma, porque Keevan Holt era uno de los fideicomisarios de su dinero, y ella pensaba que él preferiría verla encerrada en Bedlam antes que proporcionarle otro centavo—. Voy a necesitar el dinero. No sabría cómo vender el vestido, Sorcha, ¿me ayudarás? Te daré la mitad del dinero —negoció.

—¡Que el Señor la bendiga, señorita, eso es demasiado!

—Estarías corriendo un riesgo —señaló Emily—. Harán circular una descripción del vestido. Podrías meterte en problemas si la gente equivocada se entera de que lo tienes.

—Déjeme preocuparme por eso, señorita —La sonrisa de Sorcha era astuta, y Emily decidió que probablemente era mejor no hacer demasiadas preguntas sobre los planes de la doncella. Dejó que Sorcha la ayudara a ponerse el sencillo vestido gris oscuro, un duplicado del suyo propio, y le recogiera el cabello bajo la cofia blanca.

—Puede sentarse en uno de los bancos un rato mientras limpio este lugar, si gusta, señorita —dijo Sorcha, obviamente esperando que hiciera exactamente eso.

—¿Y dejarte hacer todo el trabajo? No, de ninguna manera —dijo Emily con firmeza—. ¿Qué hay que hacer?

Dado que las flores debían sacarse afuera, lo que conllevaba un riesgo de exposición para Emily, decidieron que Sorcha se encargaría de esa tarea mientras Emily barría la iglesia. Sorcha le

entregó la escoba y Emily se puso manos a la obra, de manera inexperta pero con vigor. Era probable, después de todo, pensó mientras trabajaba, que pasaría al menos los próximos años trabajando para ganarse el sustento de alguna manera. Sería mejor acostumbrarse a realizar algunas labores manuales.

El crepúsculo caía cuando Emily terminó, y Sorchá le hizo señas para que se acercara a la puerta de la iglesia, donde un lacayo montaba guardia para asegurarse de que no entrara nadie que no debiera. Se quedaría hasta que regresara el ministro, supuso Emily, mientras seguía a Sorchá fuera de la iglesia y por la calle, donde nadie les dirigió ni siquiera una segunda mirada, solo dos doncellas apresurándose para llegar a casa antes de que la oscuridad descendiera por completo.

—Esa es la casa, allí. No, señorita, iremos por la puerta de la cocina —Los dedos de Sorchá agarraron el codo de Emily cuando instintivamente se dispuso a subir los amplios escalones del frente de la casa señorial.

Nadie les prestó atención cuando entraron en la cocina, excepto la cocinera, que les echó un vistazo desde donde removía algo de olor delicioso en una olla sobre la estufa, antes de darles ostentosamente la espalda.

—El ama de llaves recibirá a tu amiga en su saloncito, Sorchá —dijo la cocinera sin darse la vuelta.

—Enseguida, señora Tinsley, y volveré de inmediato para ayudar con la cena —dijo Sorchá, con tono respetuoso. Tiró nuevamente del brazo de Emily, y las dos muchachas salieron de la cocina por una puerta lateral y pasaron por un estrecho pasillo de servicio antes de que Sorchá llamara suavemente a una puerta cerrada.

—Adelante —llamó una voz.

—Solo usted, señorita. Tengo trabajo que hacer.

—Gracias por tu amabilidad —dijo Emily mientras Sorchá se disponía a marcharse.

Sorchá le dirigió una brillante sonrisa. —No se preocupe, señorita. Estará a salvo aquí. Me escabulliré después de la cena, buscaré dónde vender su vestido. Le conseguiré el dinero antes de que se vaya.

¿Irse a dónde? se preguntó Emily, pues la respuesta a ese enigma no le había llegado en las horas transcurridas desde que el Laird MacAndrew la había dejado para que meditara la cuestión. Que debía ir a *algún sitio* no estaba en duda; solo esperaba que el laird tuviera más ideas que ella sobre dónde podría ir para no ser encontrada por su padrastro.

La puerta se abrió para revelar a una mujer mayor sentada detrás de un sencillo escritorio, con una vela a su codo proporcionando luz mientras escribía pulcramente en un libro de cuentas del

hogar. La mujer levantó la vista, lanzó una mirada exhaustiva a Emily, y luego asintió.

—Por favor, tome asiento, señorita. Su señoría bajará en breve. Soy la señora McGillicudy, el ama de llaves.

—Yo soy...

—Sé quién es usted, señorita, pero a veces las paredes tienen oídos, así que no pronunciemos ese nombre en esta casa, ¿de acuerdo?

—Sí, señora —dijo Emily mansamente, tomando asiento en la incómoda silla frente al escritorio.

—Hay té en la tetera —dijo el ama de llaves sin volver a levantar la vista de su libro de cuentas —, y algunas galletas de mantequilla bajo esa servilleta. Supongo que tiene hambre.

Fue solo entonces cuando Emily se dio cuenta de que ni un bocado de comida ni un sorbo de agua habían pasado por sus labios desde la noche anterior. Se había sentido demasiado enferma toda la mañana para siquiera contemplar consumir algo antes de salir hacia la iglesia.

—Gracias —murmuró, alcanzando la tetera y la taza sin usar a su lado; el ama de llaves obviamente había pedido el té ostensiblemente para sí misma, pero lo había dejado intacto para Emily.

El té estaba caliente, más fuerte de lo que normalmente lo tomaba, pero delicioso, y las galletas de mantequilla eran aún mejores, mantecosas y derritiéndose suavemente en su boca. Emily apenas logró resistir el impulso de lamerse los dedos para quitar las migas.

Acababa de terminar de comer cuando hubo un breve golpe en la puerta y esta se abrió para revelar la alta figura del laird.

—Aquí está, milord —dijo la señora McGillicudy, su voz notablemente más suave—. Los dejaré para que consulte con la joven dama —y salió de la habitación antes de que Emily pudiera siquiera pensar en pedirle que se quedara.

El Laird MacAndrew era un hombre muy grande, incluso más alto que su primo Donal, y de hombros anchos además. Su cabello era oscuro y más largo de lo que estaba de moda, recogido y atado en la nuca con una tira de cuero. Había llevado barba cuando se encontraron en la iglesia, pero en algún momento de las horas intermedias obviamente se había afeitado, pues su mejilla ahora estaba lisa y desnuda.

Se apoyó contra la puerta cerrada y la miró durante un largo momento. Emily reprimió el impulso de moverse inquieta, en su lugar manteniéndose quieta y sosteniendo su mirada con firmeza.

—Me disculpo por tener que hacerla entrar por la entrada de servicio y no recibirla como una invitada —dijo finalmente, avanzando para tomar el asiento que el ama de llaves había

desocupado—. Mi madre reside en esta casa y no le he confiado mi participación en su escape. Ella y su hermana son demasiado cercanas; su hermana es Morag, la madre de Donal.

Emily asintió, comprendiendo. No había conocido a la madre de Donal antes de la boda, pero incluso si Donal realmente era un «cerdo y un bruto» como el Laird MacAndrew lo había descrito antes, la única persona que probablemente lo vería sin críticas era su madre. No podían arriesgarse a que descubriera la ubicación de Emily.

—Lo cual significa, desafortunadamente, que no puede quedarse aquí. Mi madre actúa como mi anfitriona, ya que no tengo esposa, y a pesar de que la señora McGillicuddy es un ama de llaves extremadamente competente, a mi madre le gusta meter las narices en todo. Es observadora, además, y aun con ropas de sirvienta, la descubriría en un día.

—Ha hecho suficiente, milord, al ayudarme a escapar de la iglesia —concordó Emily—. Le agradezco su amabilidad, pero estoy segura de que me las arreglaré a partir de ahora.

—¿Cómo?

Era una pregunta directa, y una para la que Emily no tenía una respuesta inmediata. Abrió y cerró la boca un par de veces.

—La academia de Lady Honoria —comenzó débilmente al fin.

—¿Cómo llegará allí? —Apoyó sus manos sobre la mesa, grandes, cuadradas, manos capaces. Manos de trabajador, no las manos de un aristócrata mimado e indolente. Por alguna razón, Emily no podía dejar de mirirlas.

—Quizás podrías prestarme lo suficiente para un billete en la diligencia —sugirió ella titubeante—. Y te lo devolvería en cuanto recibiera mi primer salario de Lady Honoria.

—Te daría el dinero con gusto, pero como ya discutimos, la casa de Lady Honoria seguramente será uno de los primeros lugares donde tu padrastro te buscará. ¿No se te ocurrió ninguna otra idea?

Odiaba admitir que no, pero la verdad era que apenas había estado en otros lugares que no fueran su casa y la escuela. Venir a Edimburgo se había sentido como una aventura enorme; solo ahora se daba cuenta de que era literalmente el coto de caza de su padrastro. Londres era demasiado peligroso, ya que sus tutores podrían haberse enterado de un posible matrimonio e intentar intervenir. Las leyes matrimoniales más laxas de Escocia significaban que no había que esperar a que se leyeran las amonestaciones, ni tiempo para que sus tutores se enteraran del matrimonio e insistieran en aprobar a su futuro marido.

—Londres —dijo Emily—. Mis tutores están allí. Sir Alfred Hamersby, mi padrino... No lo he visto en muchos años, pero nos escribimos regularmente y siempre expresa preocupación por mi

bienestar.

—¿No es tu padrastro uno de tus tutores? —El laird arqueó las cejas y Emily se dio cuenta de que no había pasado las horas desde que salieron de la iglesia en la ociosidad. Había estado haciendo preguntas.

—Lo es —admitió ella.

—¿Y es probable que los otros tutores se pongan de su lado en vez del tuyo?

—Quizás...

—Permíteme ser absolutamente franco, señorita Mortlake. Temo que al ir a Londres, puedas ponerte en un peligro más serio. Tu padrastro es persuasivo y bien considerado; podría fácilmente tergiversar tus acciones al aceptar a mi primo y luego dejarlo plantado en el altar, convirtiéndolo en una afirmación de que estás mentalmente inestable y hacer que te encierren en Bedlam o algún lugar igualmente desagradable. Potencialmente consiguiendo así acceso sin restricciones a tu fortuna únicamente para su propio beneficio, sin necesidad de compartirla con Donal.

Emily se sintió repentinamente enferma. Había sido muy estúpida. No había pensado en ese ángulo, y debería haberlo hecho.

—No... yo... oh Dios, también usaría en mi contra el ir a casa de Lady Honoria, ¿verdad? —se dio cuenta—. Diría, ¿qué joven dama de mi riqueza y posición querría enseñar? ¿Querer tener un *trabajo*?

El laird no dijo nada, solo la observó con sus ojos marrones oscuros, una expresión de simpatía en su rostro.

—No sé qué hacer —dijo Emily finalmente con voz pequeña—. Has sido muy amable, Laird MacAndrew. —Hizo un gesto alrededor de la habitación—. Ya me has ayudado, no quisiera imponerme más, pero parece que me he quedado completamente sin ideas útiles y debo arrojarme a tu misericordia.

—No estoy seguro de que 'amable' sea la palabra que yo elegiría —dijo él secamente—. Más bien imprudente y temerario. Hay una diferencia entre rescatar a una doncella en apuros y ser cómplice de un delito.

—Apenas creo que ante la ley haya tanta diferencia —dijo Emily, recuperando un poco su sentido del humor—. Pero realmente aprecio tu ayuda. No hay nadie más a quien pueda apelar.

—Entonces seré tu *deus ex machina* —dijo él—. Será un placer ayudar a una doncella en apuros, incluso si convertiste a mi primo en el hazmerreír cuando lo dejaste plantado en el altar.

Emily se sonrojó intensamente, humillada, pero el laird estaba riendo.

—¡Por Dios, la cara de Donal era digna de verse! ¡No lo había visto tan furioso desde que éramos muchachos!

—¿Qué lo enfureció tanto cuando eran muchachos? —preguntó Emily con curiosidad.

—Lo vencí —dijo el laird con indiferencia—. O más bien, lo golpeé. Él era mayor que yo, me había estado atormentando durante años. Finalmente me hice lo suficientemente grande como para hacerlo parar, y no le gustó. De hecho, hoy podría ser el primer día desde entonces que alguien le dice directamente que no.

—Eso fue lo más difícil que he hecho en mi vida —dijo Emily, y de repente, estaba tan indeciblemente exhausta que apenas podía mantener la cabeza erguida.

El laird debió haberla visto desplomarse en su silla, porque en un instante estaba de pie y rodeando la mesa, sus fuertes manos posándose sobre sus hombros y estabilizándola.

—Estás agotada, muchacha —dijo, su voz un murmullo bajo y tranquilizador mientras se inclinaba para mirarla a los ojos—. Vamos a conseguirte una cama para esta noche. No será a lo que estás acostumbrada, pero estarás a salvo, y mañana nos preocuparemos por lo que viene después.



Capítulo Cuatro

AIDAN HABÍA PASADO LA mitad de la noche, después de entregar a Emily a la señora McGillicudy para que le encontrara una cama con las criadas, preguntándose qué demonios se suponía que debía hacer con la heredera inglesa. Media Edimburgo estaba buscándola, y aunque confiaba en su personal, creía que no traicionarían su fe en ellos, cuanto más tiempo estuviera bajo su techo, más probable era que alguien se viera tentado por la recompensa que inevitablemente se ofrecería. Ni Donal ni Kevan Holt habían metido la mano en el bolsillo todavía —parecía que los bolsillos de Holt estaban vacíos—, pero si se ofrecía un premio lo suficientemente grande, incluso el sirviente más leal seguramente se sentiría tentado.

Emily Mortlake debía salir de Edimburgo y ser llevada a algún lugar donde nadie conociera su cara, y tan rápido como pudiera gestionarlo.

Se le ocurrió una idea, pero no podía imaginar que ella estuviera dispuesta a aceptarla. Aun así, se la propondría cuando se despertara por la mañana y vería si estaba de acuerdo. Todavía veía fallos en el plan, no siendo el menor de ellos que Kevan Holt intentara declararla muerta, pero algunas cartas cuidadosamente enviadas a su padrino deberían evitar ese problema. Y quizás poner a Holt en jaque con los otros fideicomisarios, dándole a Emily un respiro.

Un rasguño en la puerta de su estudio precedió a la ama de llaves que acompañó a Emily a su despacho, poco después de que él hubiera desayunado pero antes de que su madre se levantara.

—Buenos días —Aidan se levantó para saludarla. Ella tenía más color en las mejillas hoy, al menos, aunque el sencillito vestido de criada no le sentaba nada bien.

—Mi señor —hizo una elegante reverencia, manteniendo los ojos bajos. La puerta se cerró tras ella cuando el ama de llaves se marchó con prudencia, y Emily miró hacia atrás, luego a Aidan con una mirada ligeramente acosada.

—Yo... lo siento, mi señor, estoy acostumbrada a estar acompañada por una carabina a donde quiera que vaya —dijo, con una expresión ligeramente avergonzada.

Él no dijo nada, y ella asintió, aparentemente leyendo su expresión.

—Las cosas serán diferentes ahora, creo. Debo adaptarme rápidamente o rendirme y volver a la custodia de mi tío.

—Tiene usted una clara comprensión de la situación, señorita Mortlake. Esto sería mucho más difícil si usted fuera propensa a los remilgos o los desmayos, así que la felicito por su calma. Ahora bien. Anoche me preguntó si tenía alguna idea, y a pesar de haber pensado mucho, solo tengo una que podría resultar útil —le hizo un gesto hacia una silla, invitándola a sentarse, y ella lo hizo, recogiendo pulcramente sus faldas. No hizo preguntas, solo esperó a que él continuara, y Aidan se encontró preguntándose cuán terrible habría sido su padrastro, si ella ni siquiera se atrevía a hacer preguntas sobre su propio futuro.

—Tengo una casa en Raasay —comenzó, vio que su frente se arrugaba—. Es una isla, entre Skye y el continente. Remota, pero muy hermosa. Nadie más de la familia la visita nunca, pero yo voy allí unas semanas, siempre que puedo escaparme. Mi ama de llaves allí quiere jubilarse. Nadie allí la conocería a usted, así que si llegara con una carta mía solicitando que ella la entrenara como su reemplazo para el puesto, nadie en Raasay pensaría nada extraño.

—Ama de llaves —dijo Emily lentamente, como si estuviera probando la idea.

—No le teme al trabajo duro —dijo Aidan con una sonrisa alentadora.

—No —sonrió en respuesta—. No le temo. Y esta sería una excelente oportunidad para aprender a dirigir una casa con un presupuesto pequeño, con pocos recursos. Podría aprender mucho.

—¡En efecto! —Le dio un gesto de aprobación, contento de que no se hubiera ofendido por la sugerencia. Podría permitirse instalarla en una casa de su propiedad y dejarla vivir la vida de una dama ociosa, por supuesto, pero cualquiera que se enterara de eso definitivamente sacaría la idea equivocada. Emily casi ciertamente lo habría rechazado de todos modos; era demasiado orgullosa para permitirse ser mantenida de esa manera, incluso si hubiera estado segura de que él no tenía expectativas sobre ella. Lo cual no lo conocía lo suficientemente bien como para estar segura.

—¿Cómo llegaría a Raasay? —preguntó Emily de manera práctica—. Está a cierta distancia, creo...

—La buscarán hacia el sur, así que la enviaré al norte, con una criada como compañía. Me reuniré con usted en unas semanas, cuando pueda escaparme de aquí sin levantar sospechas —acabo de regresar— e iré a Raasay, para verla cómodamente instalada en el puesto.

—Bueno —se sacudió las manos sobre las rodillas, ofreciendo una pequeña sonrisa nerviosa—. Veo poca elección, mi señor, al menos por el momento.

—Solo pretendo ofrecerle un refugio, señorita Mortlake. Podría quedarse allí en Raasay al menos unos meses, está a solo unas millas del continente. No tan lejos como para hacer imposible viajar entre ambos, pero lo suficientemente lejos como para que nadie la buscaría allí. Nadie la conocería —esperó un momento, pero ella solo asintió de nuevo.

—Es un plan sólido, mi señor, aunque difícilmente creo que alguien me busque en Raasay —dijo, con voz tranquila—. Como usted dice, pensarán que habré vuelto a Inglaterra, buscado ayuda de amigos allí. No conoceré a nadie en Raasay.

Él podía verla pensándolo, preguntándose cómo se las arreglaría teniendo que trabajar para mantenerse, lejos de todo lo familiar y de cada rostro amigo que hubiera conocido. Vio, también, el momento en que cuadró los hombros, levantó la barbilla y tomó su decisión final.

—¿Cuándo me voy, mi señor?

—Por la mañana será lo mejor. Enviaré hombres por delante esta noche —mi primo ya ha exigido mi ayuda para buscarla, así que nadie pensará nada raro si envío hombres por todas partes. Mañana por la mañana puede escabullirse antes del amanecer con una de las criadas y reunirse con una escolta fuera de la ciudad —murmuró pensativo, golpeando un dedo contra sus labios—. Si selecciono a las personas adecuadas, puedo formar un grupo que parezca una familia que ha viajado a Edimburgo y ahora regresa a casa. Déjemelo a mí.

—Mi señor —levantándose, Emily le hizo una profunda y respetuosa reverencia—. Gracias. Aprecio su ayuda más de lo que puede imaginar, y haré todo lo posible por ser una empleada leal.

No dudaba de su sinceridad en lo más mínimo. Haciéndole una reverencia en respuesta, la observó mientras se deslizaba silenciosamente fuera de la habitación.

Resoplando, Aidan alcanzó la campana para llamar a la señora McGillicudy. Había mucho que hacer si quería sacar a Emily a salvo hacia Raasay sin que nadie más se enterara, y no tenía mucho tiempo para hacerlo.



A la mañana siguiente, la señora McGillicudy despertó a Emily antes del amanecer. Poniéndose la ropa sencilla y campesina que le proporcionó el ama de llaves, se deslizó silenciosamente por

la casa hasta la puerta trasera, sorprendida al encontrar a Sorchá esperándola. La doncella le dio un rápido abrazo antes de presionar una pequeña bolsa de cuero en su mano.

—Vendí tu vestido. Conseguí un buen precio por él —le susurró la otra chica al oído—. Buena suerte, señorita.

—Gracias —susurró Emily en respuesta, conteniendo las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. No habría podido hacer nada si Sorchá se hubiera quedado con todo el dinero, pero la honestidad de la doncella la hizo sentirse más confiada sobre su futuro. El laird MacAndrew empleaba a gente buena y confiable.

—Y ahora soy una de ellos —murmuró Emily, cuadrando los hombros y sonriendo a la mujer mayor que la esperaba en la puerta de la cocina—. Buenos días. Soy...

—Mi sobrina, Emma Craig —la interrumpió la mujer mayor—. Y no hablas mucho, ¿entiendes? Emily se quedó con la boca abierta por unos segundos, y luego comprendió. No podría imitar el marcado acento escocés de la mujer mayor; más de unas pocas palabras de su boca la marcarían como inglesa e inmediatamente sospechosa.

—Aye —dijo, y recibió una sonrisa de aprobación.

—Buena chica. Soy Audra, y vamos a encontrarnos con mi marido y mis hijos en el mercado. Pongámonos en marcha.

Emily miró hacia la casa mientras se alejaban, esperando a medias que el laird MacAndrew saliera. Para despedirse. Se obligó a apartar la mirada e ignorar la punzada de decepción que sintió cuando él no apareció.

El esposo de Audra, Kenneth, y sus dos hijos adolescentes, Dougal y Donald, las esperaban en el mercado, con un carro de granja lleno de sacos. Todos vestían ropas sencillas, como si fueran una familia más de viaje.

Partieron temprano en la mañana, antes de que la ciudad despertara. Emily viajaba en el carro con Audra, Donald lo conducía, mientras Kenneth y Dougal caminaban. El ritmo le parecía insoportablemente lento a Emily; tardaron más de una hora solo en salir de la ciudad y a cada paso esperaba que alguien señalara el carro y gritara: "¡Ahí está, la heredera desaparecida!"

Exhaló un pequeño suspiro de alivio cuando la ciudad quedó atrás, y sintiéndose acalorada, se echó hacia atrás la capucha. Audra inmediatamente se la volvió a subir.

—Ese pelo tuyo es brillante como un faro. Mejor mantenlo cubierto hasta que estemos lejos de Edimburgo.

Eso tomaría mucho, mucho tiempo a este ritmo, pensó Emily con rebeldía, pero difícilmente estaba en posición de quejarse sobre el método de su escape, así que asintió sumisamente y no

dijo nada.

Afortunadamente, solo viajaron con el carro hasta el mediodía. Al entrar en Queensferry, fueron recibidas por dos de los hombres del laird, quienes tomaron el carro, las escoltaron hasta el ferry, y del otro lado, las condujeron a un establo.

—No estoy seguro de si alguien preguntó si sabes montar, señorita —le dijo Kenneth Craig a Emily—. Si no, será mejor que aprendas rápido.

—Sé montar. —Al menos el caballo que le traían tenía una silla de montar lateral, o podría haber estado en más problemas. Sin embargo, no iba a mencionar que habían pasado buenos cinco años desde que se le había permitido el lujo de montar.

No voy a quejarme. Pase lo que pase. El laird MacAndrew no tenía que hacer nada más que entregarme directamente a su primo y a mi padrastro.

No voy a quejarme.

Al anochecer, se arrepentía de su propio estoicismo. La posada en la que se detuvieron era un lugar donde nadie de la alta sociedad habría puesto un pie jamás, con pocas comodidades y ciertamente sin bañera para remojar su cuerpo dolorido y cansado. Compartió un jergón con Audra, en un desván con varias otras mujeres, mientras los hombres dormían en los establos. Lo único bueno que podía decir de la posada era que la comida era abundante y buena.

Se levantaron temprano a la mañana siguiente y partieron de nuevo.

Al cuarto día, Emily preguntó tímidamente cuánto faltaba para llegar a Raasay.

—Al menos otra semana —dijo Audra, mirándola de reojo—. Podríamos haberlo hecho mucho más rápido si hubiéramos cabalgado hasta Glasgow y tomado un barco allí, pero el laird quería enviarte a donde nadie buscaría. Nos dirigimos a Fort William y el laird ha arreglado un barco para nosotros allí hacia Raasay.

Emily solo tenía una vaga idea de la geografía escocesa. —¿Raasay es una isla? —se aventuró.

—Aye, justo al este de Skye.

—Este es un gran viaje que están teniendo que emprender por mi causa. Lamento las molestias.

Audra se giró más completamente en su silla para mirar a Emily.

—Vaya —dijo después de un momento, y luego elaboró su pensamiento—. ¡Creo que es la primera vez que alguien de la nobleza se disculpa con alguien de mi clase por cualquier inconveniente... que yo haya escuchado!

—No creo que sea de la nobleza ya —dijo Emily con firmeza, manteniendo la barbilla en alto—. Voy a ser ama de llaves. Los aires de grandeza y pensar que soy mejor que nadie no me vendrán bien.

—Vaya —dijo Audra de nuevo, y luego sorprendió a Emily haciendo una pequeña reverencia desde su silla—. Eso es lo que yo llamo *verdadera* nobleza, señorita. Y de nada. No es tanto inconveniente, realmente. Estamos volviendo a casa, a la Isla de Harris, que está al norte de Skye. Podríamos haber llegado allí por mar más rápido, seguro... pero el laird ha pagado por los caballos y el barco, ahorrándonos una buena cantidad de dinero. Estamos felices de ayudarlo en esto. Y a ti —añadió.

Emily sintió un cálido resplandor en su pecho ante las palabras de Audra. Era la primera vez desde que se fue que se sentía verdaderamente apreciada por algo más que su dinero y estatus. Le sonrió a Audra, sintiéndose agradecida por la amabilidad y comprensión de la mujer mayor.

—Gracias, Audra. Tú y tu familia han sido muy amables conmigo. No sé qué habría hecho sin vuestra ayuda.

Audra se rió entre dientes. —Oh, solo estamos haciendo lo que cualquier buena familia escocesa haría. Cuidamos a los nuestros y ayudamos a los necesitados. Ahora eres una de nosotros, muchacha.

El corazón de Emily se hinchó de emoción. Siempre se había sentido como una extraña en su propia familia, pero aquí, con Audra y su familia, sentía que pertenecía. Era un sentimiento que nunca había experimentado antes y uno que no quería perder... pero sabía que lo haría, porque los Craig ni siquiera se quedarían en Raasay, sino que continuarían hacia su hogar en Harris una vez que la hubieran dejado a salvo en la casa del laird MacAndrew. Estaría completamente sola. De nuevo.



Capítulo Cinco

EL VIAJE EN BARCO desde Fort William hasta Raasay fue una de las experiencias más horribles en la vida de Emily. Nunca antes había estado en un barco más allá de un simple cruce de río, y el tamaño de las olas una vez que salieron del puerto la aterrorizó. Se enfermó casi de inmediato, y Audra se sentó con ella en el borde de la barandilla, sosteniéndola firmemente y evitando que cayera por la borda mientras Emily vaciaba repetidamente su estómago en las aguas turbulentas. Kenneth la llevó abajo cuando cayó la noche y ella cayó en un sueño inquieto en una litera estrecha, solo para despertar y repetir el día infernal una vez más cuando llegó la mañana, todo el tiempo mirando con anhelo la tierra por la que navegaban, esa bendita tierra firme que se burlaba de ella justo fuera de su alcance.

Cuando finalmente desembarcaron en Raasay al cuarto día, Emily ni siquiera podía mantenerse en pie por sí misma. Kenneth la llevó a tierra y la puso en el carro que los esperaba allí. Se suponía que los Craig partirían directamente hacia Harris, pero Audra no quiso saber nada de eso.

—No dejaré a la muchacha en este estado. ¡Llevadnos a la casa! —Se subió al carro junto a Emily y miró fijamente a su marido—. Puedes esperar con los muchachos o puedes venir con nosotras, pero no dejaré a Emily hasta que esté de nuevo en pie.

—Adelante entonces, mujer —dijo Kenneth con un suspiro—. Hablaré con el capitán y os seguiremos.

Temblando, Emily se acurrucó casi en el regazo de Audra y la mujer mayor la cubrió con su capa.

—Media hora —la tranquilizó Audra—, y te tendremos en una cama adecuada.

Curiosamente, cuando el carro comenzó a moverse, Emily comenzó a sentirse un poco mejor. El familiar balanceo del carro y el crujido de las ruedas contrarrestaron las náuseas del mareo, y

eventualmente pudo levantar la vista y mirar un poco a su alrededor.

Raasay era gloriosamente hermosa, le tomó solo unos momentos darse cuenta. Agua de un azul brillante a la izquierda mientras rodaban por un sendero cubierto de hierba, colinas verdes ondulantes salpicadas de ovejas a la derecha. Ni siquiera una sola casa o cabaña a la vista. Levantando la cabeza, miró hacia adelante y jadeó.

—¿Eso es un castillo?

—Sí, ese es el Castillo Inver, a donde vas.

—¡El laird dijo una casa, no un castillo! —No era enorme, no como algunas de las mansiones-castillo que había visto en Inglaterra, pero debía tener al menos treinta habitaciones, de sólida piedra gris. Más ventanas de las que habría esperado si el lugar hubiera sido construido para la defensa... tal vez no era tan antiguo como parecía.

—Puedo caminar —insistió cuando el carro se detuvo en un camino de grava frente al castillo y Kenneth vino a bajarla. Sin embargo, sus rodillas se doblaron cuando sus pies tocaron el suelo, y Audra la tomó del brazo.

—Agárrate a mí. Vamos a entrar.

Una vez dentro, Emily quedó inmediatamente impresionada por la grandeza del interior del castillo. Las paredes estaban revestidas con hermosos tapices y los suelos eran de madera pulida que brillaba como el cristal. Un fuego ardía en la chimenea del vestíbulo, proyectando un cálido resplandor por toda la habitación. Emily no podía creer que iba a trabajar en un lugar tan magnífico.

Mientras subían por la escalera de caracol, Emily se sorprendió por el silencio del castillo. Era como si no hubiera nadie en casa. Los únicos sonidos eran sus pasos en las escaleras de piedra y el roce de sus ropas. La hizo sentir incómoda, y comenzó a notar que a pesar de los costosos accesorios, todo estaba muy polvoriento y había telarañas en todos los rincones altos.

Cuando llegaron a lo alto de la escalera, Audra llamó a una puerta. Un momento después, se abrió para revelar a un hombre pequeño, delgado y anciano con gafas posadas en su nariz. Miró a Audra y luego a Emily, con una expresión indescifrable.

—Ah, señorita Mortlake. La estaba esperando. Soy el señor McAilish, el mayordomo. Me disculpo... no oí llegar el carro.

—¿No hay nadie más aquí? —preguntó Audra sin rodeos—. La señorita Mortlake no se encuentra bien. Afligida por el mareo durante todo el viaje hasta aquí.

—La señora McAilish ha ido a visitar a nuestra hija en Skye, volverá mañana o pasado mañana.

—El mayordomo salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí, miró a Emily de arriba

abajo y suspiró—. Por aquí, señorita Mortlake.

Audra la sostuvo mientras seguían al mayordomo por un pasillo estrecho. Él abrió una puerta y les indicó que entraran en una habitación, que resultó ser un dormitorio agradable, aunque pequeño. Estaba frío, sin fuego encendido en la chimenea.

—Esto no servirá —murmuró Audra, ayudando a Emily a llegar a la cama—. Acuéstate aquí un minuto, señorita Emily. Estás completamente agotada, ¿eh? —dijo mientras Emily casi se desplomaba en la cama—. Cierra los ojos y déjame todo a mí. ¿Qué ha estado haciendo, hombre?

Mientras Emily cerraba los ojos, podía oír a Audra empezando a reprender al señor McAilish. *Ese es mi trabajo*, quería decir. *Voy a ser el ama de llaves...* pero cualesquiera que fueran las fallas de la casa, la cama era suave y cómoda, y ni siquiera podía mantener los ojos abiertos.

La habitación estaba cálida cuando Emily despertó, el fuego crepitando en la chimenea proyectaba una luz reconfortante en la oscuridad. Sentándose en la cama, miró por la ventana; aún no estaba completamente oscuro, pero podía ver el sol deslizándose detrás de las colinas en la distancia. Era el atardecer, y con el sol poniéndose tarde tan al norte en verano, ciertamente se había perdido la cena. Junto con todas las demás comidas de los últimos cuatro días, y con ese pensamiento, su estómago emitió un vergonzoso gruñido.

Definitivamente no podía esperar hasta la mañana. Se levantó de la cama, localizó sus zapatos en el suelo y se los puso. Su ropa olía terriblemente, pero no tenía nada para cambiarse, así que tendría que esperar hasta después de haber encontrado algo de comida. Tomó un candelabro de la repisa y lo encendió con el fuego, esperando poder orientarse en el oscuro castillo con su tenue luz.

El castillo estaba en silencio mientras regresaba por el camino por el que había venido, bajando la larga escalera de caracol y pasando junto al fuego del salón, que ahora se reducía a brasas.

Abrió varias puertas antes de encontrar la entrada a las cocinas, tan bien equipadas como el resto de la casa, con dos grandes cocinas modernas en una pared y una enorme mesa de pino fregada en el centro de la habitación.

La cocina estaba tan desierta como todas las demás habitaciones, pero tenía demasiada hambre para que le importara. Encontró medio pan envuelto en un paño de lino y un tarro de miel en una despensa y los llevó a la mesa. Estaba buscando en los cajones un cuchillo para cortar el pan cuando la puerta de la cocina se abrió con un chirrido, sobresaltándola.

Emily dejó caer el cuchillo que acababa de encontrar con un pequeño grito de sorpresa cuando una enorme figura llenó el umbral.

—¡Señorita Mortlake! —dijo una voz profunda, el hombre avanzó y ella se agarró el corazón acelerado al reconocer al Laird MacAndrew—. Lo siento, no quería asustarla. Dios mío, está blanca como el papel. Será mejor que se siente.

Temblando y sintiéndose más que un poco mareada, Emily simplemente se aferró al borde de la mesa. El laird maldijo por lo bajo, cruzó la habitación en unas pocas zancadas gigantes y casi le metió una silla por debajo.

—Acabo de hablar con Audra, me contó lo enferma que estuvo durante el viaje. Aunque pensé que estaba en la cama.

—Me desperté con hambre —murmuró Emily, inclinándose hacia adelante para bajar la cabeza.

—Sí, sin duda. Yo mismo me sentía así. —Miró el pan y la miel, se rió en voz baja y comenzó a moverse por la cocina con una obvia familiaridad—. Aunque me apetece algo más que pan y miel.

—¿Cuándo llegó? —preguntó Emily después de unos momentos, observándolo llenar la tetera y colocarla en la cocina—. ¿Y cómo llegó tan rápido? Pensé que se quedaría en Edimburgo un tiempo después de que me fuera... oh. ¿Fue por el otro lado, a Glasgow y luego en barco?

—Sí, acorta el viaje en una buena semana. —Le lanzó una mirada comprensiva por encima del hombro—. Llegué hace menos de una hora. Parece que ha tenido un viaje difícil, señorita Mortlake.

Ella contuvo las lágrimas y asintió en silencio.

—Bueno, ahora está a salvo. —Puso un plato delante de ella, cortó el pan, dejó un cuenco de mantequilla y luego lo siguió con mucha más comida de la que ella pensaba que los dos pudieran comer posiblemente. Una docena de huevos duros, un pastel de caza entero, media rueda de queso, un cuenco de peras. Y finalmente, una taza humeante de té caliente, colocada junto a su codo.

—Coma, señorita Mortlake. No permitiré que se consuma.

Casi se abalanzó sobre la comida, tenía tanta hambre. Él comió en silencio frente a ella, con los ojos brillando en la tenue luz de la vela mientras la miraba de vez en cuando.

Finalmente, se sintió saciada y pudo recostarse y sorber su té, mirando con cierta vergüenza la destrucción que había causado. ¡Entre los dos se habían comido todo el pastel, todo el pan, todos menos dos de los huevos y la mitad del queso! Dos corazones de pera, cáscaras de huevo y migas eran todo lo que quedaba en su plato.

—Espero que no fuera el desayuno de todos —murmuró.

Aidan se rió, el sonido sorprendentemente fuerte en la tranquila cocina.

—No lo era. No se preocupe por eso, muchacha. Hay una cocinera que viene a diario antes del amanecer... horneará pan fresco y más.

Emily asintió, jugueteando con uno de los corazones de pera en su plato.

—No sé nada sobre este lugar —dijo, sintiendo que surgía un poco de enojo ante la idea—, no me contó realmente nada antes de enviarme, pero claramente ¡no tiene suficiente personal! ¿Cómo se supone que voy a administrar la casa aquí sin personal?

—En cuanto a eso. —Le dirigió una ceja burlonamente alzada—. No tuve mucho tiempo y no me atreví a arriesgarme a levantar sospechas sobre por qué podría estar pasando mucho tiempo hablando con una joven desconocida en mi casa. Pero solo he sido dueño del Castillo Inver durante ocho meses. Tenía toda la intención de contratar más personal en Edimburgo y enviarlos aquí... pero de nuevo, no pude quedarme el tiempo suficiente para hacerlo. He traído dos hombres y dos doncellas conmigo, y eso tendrá que ser suficiente por ahora.

—Oh. —Emily se sonrojó.

—Audra ya me dio una buena reprimenda, sin embargo. Dijo que no podía creer el estado del lugar y cómo me atrevía a enviar a una joven de calidad aquí a semejante cuchitril. Su palabra.

—Sonrió un poco burlonamente mientras miraba alrededor de la espaciosa cocina, y Emily se encontró riendo.

—¿*Cuchitril*? —se rió disimuladamente, él también se rió, y de repente ambos estaban casi aullando, agarrándose sus estómagos demasiado llenos.

—Vaya a la cama, señorita Mortlake —dijo Aidan cuando recuperó el control de sí mismo—. Hablaremos por la mañana. Tengo mucho que contarle sobre el castillo, cosas que lamento no haber podido discutir con usted antes, pero no hay prisa por nada. El lugar no se va a derrumbar sobre nuestras cabezas.

—Buenas noches, mi señor —dijo Emily, recogiendo su vela. Se detuvo, mirando el desorden en la mesa—. Ah, debería ocuparme de esto...

—Yo me encargaré. —La despidió con un gesto, alcanzando para recoger los platos sucios—. Mañana es suficientemente pronto para empezar a trabajar. Vaya a dormir.



Capítulo Seis

EMILY NO PODÍA RECORDAR cuándo había dormido tan bien por última vez. Cálida, cómoda y sintiéndose segura por primera vez en años, se despertó con una sensación de ansiosa anticipación por comenzar su nueva vida. Sí, sería trabajo, sería diferente a todo lo que había hecho antes... pero estaba libre de su padrastro, libre para tomar sus propias decisiones, por primera vez en su vida. Un golpe en su puerta, mientras se ponía lentamente su ropa sucia una vez más, la sobresaltó.

—¿Quién es? —llamó.

—Soy Audra, señorita. Le traigo ropa limpia.

—¡Oh, bendita seas! —Emily se apresuró a abrir la puerta—. Porque esta apesta —arrugó la nariz, y Audra le sonrió.

—Ven conmigo. Es demasiado trabajo subir agua hasta aquí, pero hay una fregadera con una tina y Dougal y Donald han bombeado y calentado suficiente agua para que te des un buen baño.

La tina era pequeña, pero lo suficientemente grande para que Emily se arrodillara y usara un paño para frotar cada centímetro de su cuerpo, y la ropa limpia que Audra había encontrado la hizo sentir cien veces mejor cuando se la puso. Una falda oscura sencilla y una blusa con un delantal de algodón blanco, estaban un poco sueltas pero no más allá de su habilidad con la aguja y el hilo para hacer un ajuste adecuado, dado una hora o dos. Por el momento, sujetó la falda con alfileres para que no se deslizara sobre sus caderas, metió la blusa y lo consideró suficientemente bueno.

Audra ya había estado ocupada, Emily vio mientras caminaban juntas por el castillo. Dougal estaba subido a una escalera quitando telarañas de las cornisas, Donald llevaba cestas de leña para ponerlas junto a las chimeneas, y Kenneth estaba ayudando a otro hombre a enrollar

alfombras para llevarlas afuera y sacudirles el polvo. Dos criadas estaban en la cocina escuchando las órdenes de una mujer mayor y robusta cuando Audra y Emily entraron.

—Esta es Mairi, la cocinera —presentó Audra—, y estas son Fiona y Dina, a quienes el señor trajo de Edimburgo. Esta es la señora Mortlake, la nueva ama de llaves.

—Señora —la cocinera hizo una reverencia, y las dos criadas hicieron lo mismo. Ninguna de ellas pareció notar el respingo involuntario que Emily dio cuando Audra la presentó como *señora* Mortlake, pero por supuesto... debía estar casada o viuda, o no podría ocupar respetablemente un puesto como el de ama de llaves.

—Gracias, Audra —dijo—. Buenos días a todas. Ahora, lo primero es lo primero, me disculpo si entraron y encontraron un desastre en la cocina y varias cosas faltando en la despensa esta mañana, Mairi. El señor llegó tarde anoche y estaba bastante hambriento.

—Ay, no es sorpresa —la mujer mayor sonrió ampliamente—. ¿Puedo ofrecerle una taza de té, señora? Ustedes dos, vuelvan al trabajo. Fiona, encontrará el gallinero justo por el sendero fuera de esa puerta... y Dina, la chimenea en la habitación de la señora Mortlake necesitará limpieza y que la vuelvas a encender.

—¡Sí, Mairi! —Las dos jóvenes criadas salieron corriendo, Audra se excusó con un murmullo, y Mairi asintió hacia una silla en la mesa.

—Yo puedo preparar el té. Usted continúe con... eso —Emily no estaba del todo segura de qué era lo que la cocinera estaba haciendo, pero estaba con los codos hundidos en harina y no había dejado de trabajar con sus manos dentro de un gran cuenco desde que Emily entró en la habitación.

Al menos sé cómo hacer esto, pensó Emily para sí misma mientras llenaba la tetera y la colocaba en la cocina. *Con suerte, podré salir del paso con el resto hasta que averigüe cómo hacer realmente el trabajo.*

—No vi al señor McAilish esta mañana —dijo mientras ponía tazas en la mesa y tomaba la caja de té que había visto usar al señor la noche anterior.

—Ay, se ha ido a Skye para reunirse con su esposa. El señor no estaba muy contento con lo que Audra le contó sobre su recepción ayer —Mairi sacudió la cabeza, sus manos todavía trabajando sin cesar en el cuenco—. Perdone que lo diga, pero los dos McAilish deberían haberse jubilado hace diez años. El anterior dueño del castillo nunca venía aquí, según me han dicho. No le importaba si había un poco de polvo.

—¿Siempre ha trabajado aquí? —preguntó Emily, agarrando un paño para tomar la tetera de la cocina.

—No, el señor me contrató. También me proporcionó una bonita casita justo al otro lado de la colina, para mí y mi marido; él está criando las ovejas.

Mairi siguió charlando mientras trabajaba, finalmente volcando el contenido del cuenco sobre la mesa y tomando un rodillo, extendiendo la masa y cortándola para hacer cortezas de tarta, haciendo pausas intermitentes para dar un sorbo de té.

Para cuando pasó media hora, Emily sabía todo lo que Mairi sabía sobre el Castillo Inver, que no era mucho... la mujer solo llevaba aquí unos meses y nunca iba más allá de las cocinas de todos modos.

Cuando Emily terminó su té, decidió ir a explorar el resto del castillo. Quería ver la grandeza del lugar, ver de qué sería responsable. Mientras caminaba por el largo pasillo, se sintió atraída por una gran puerta de madera al final. Dudó por un momento, preguntándose si debería entrar sin invitación, pero luego decidió arriesgarse. Giró el picaporte y empujó la puerta para abrirla.

La habitación era inmensa, con techos altos y una gran chimenea. Las paredes estaban forradas de estanterías, llenas de libros encuadernados en piel. En el centro de la habitación había un gran escritorio de madera, y sentado en él estaba Aidan. Estaba examinando una pila de papeles, con el ceño fruncido en concentración.

Levantó la vista cuando Emily entró, una sonrisa extendiéndose por su rostro.

—Buenos días, señora Mortlake. ¿Durmió bien?

—Sí, gracias —respondió Emily—. Me disculpo por interrumpirle, solo estaba echando un vistazo.

—Ah, por supuesto —abandonando su escritorio, se puso de pie—. Pero ese es mi trabajo. Déjeme darle el tour, y puede hacerme cualquier pregunta que tenga sobre el lugar.

Emily siguió a Aidan mientras la guiaba por el castillo, mostrándole la grandeza del lugar. Comenzaron por el gran salón, con sus techos altos y su larga mesa de comedor. Emily se imaginó la sala llena de gente festejando y bebiendo, el calor del fuego y el bullicio llenando el espacio.

Mientras caminaban, Aidan le contaba sobre la historia del castillo y sus antiguos propietarios. Emily escuchaba con gran atención, su mente llena de imágenes de antiguas batallas y nobles caballeros. Se sentía como si estuviera viviendo en un cuento de hadas. Aun así, una parte práctica de su mente notó el polvo, el descuido. Las cortinas apolilladas en algunas de las habitaciones de invitados.

—¿Por qué compró el castillo? —preguntó ella mientras se detenían frente a una oxidada armadura casi tan alta como el propio Aidan, con una enorme espada de dos manos empuñada

por la armadura, la punta clavada en el suelo haciendo una muesca en los tablones que necesitaban un buen pulido—. Perdón que le pregunte, pero usted tiene una casa perfectamente agradable en Edimburgo...

—Así como una mansión muy grandiosa a orillas del lago Loyne, y varias otras propiedades —dijo Aidan con una sonrisa irónica—. Para ser honesto, fue algo así como un capricho. El dueño anterior era un amigo cercano de mi padre. Cada verano, mi padre solía visitarlo aquí. El verano en que cumplí diez años, mi padre me trajo consigo. —Sus ojos se tornaron distantes mientras recordaba—. Fue el verano más feliz de mi vida. Lejos de Donal, que en ese momento estaba intensificando su acoso, y tuve la atención indivisa de mi padre. Él era un hombre diferente aquí, sin el peso de ser el jefe del clan sobre sus hombros. Tres veranos seguidos vinimos aquí... y luego enfermó, demasiado enfermo para viajar, y nunca volvimos.

—Lo compró por los recuerdos felices —dijo Emily suavemente.

—Sí, y por el refugio. Ver a mi padre aquí me hizo entender que incluso el jefe del clan debe tener un lugar donde retirarse por un tiempo. Cuando el amigo de mi padre murió sin hijos y me enteré de que el castillo iba a ser vendido, no dudé. —Hizo una mueca entonces, tocando el óxido de la armadura con un dedo—. No estoy seguro de que alguien haya estado aquí desde esa última visita con mi padre... hace quince años. Me alegro de que el techo haya resistido.

Emily también extendió la mano, posando sus dedos ligeramente sobre la empuñadura de la enorme espada de dos manos. —Esto parece muy antiguo. ¿Más antiguo que el castillo, creo?

—En efecto; el edificio tiene solo unos sesenta años. Por eso no me preocupa demasiado un poco de descuido. Un poco de óxido en esta armadura y algo de polvo en los rincones no me molesta. Emily asintió en acuerdo, aún cautivada por la impresionante armadura. Se imaginó al caballero que podría haberla usado, y las batallas que habría visto. Se preguntó si habría fantasmas en el castillo, algún espíritu del pasado que aún permaneciera.

Mientras continuaban su recorrido, Emily no pudo evitar tomar nota de las diversas habitaciones por las que pasaban. La biblioteca, con sus hileras y hileras de libros, el salón con sus sofás mullidos y decoración ornamentada, y el dormitorio principal con su cama con dosel y magnífica vista del lago.

—La dejaré ahora —dijo Aidan, acompañando a Emily de vuelta a la cocina—. Tengo algo de trabajo que atender.

—Gracias por mostrarme el lugar —dijo Emily con una sonrisa, sintiéndose agradecida por haber tenido la oportunidad de explorar el castillo. Mientras caminaba de vuelta a la cocina, no pudo evitar sentir una sensación de emoción y anticipación. Tenía la sensación de que trabajar en

el castillo Inver iba a ser tanto interesante como desafiante, aunque nunca había considerado hacer ese tipo de trabajo.

Audra estaba en la cocina hablando con Mairi, pero se apartó de la cocinera y vino a abrazar a Emily. —Nos vamos, muchacha. Me gustaría que pudiéramos quedarnos más tiempo, pero el capitán del barco no esperará.

—Oh. —Emily contuvo las lágrimas que amenazaban con salir, devolviendo el abrazo de Audra —. Muchas gracias. Por todo. —Aparte del propio laird, Audra y su familia eran los únicos aquí que sabían quién era Emily realmente. Con su partida, todos aquí conocerían a Emily solo como la señora Mortlake... esperarían que supiera lo que estaba haciendo como ama de llaves.

Bueno, simplemente tendría que arreglárselas. Enderezando la espalda, se volvió hacia Mairi, una vez que Audra se hubo marchado.

—¿Qué ha planeado para la cena de esta noche, Mairi... y cómo están nuestras provisiones? Y hablando de provisiones, ¿de dónde las obtenemos? ¿Hay algún pueblo en Raasay?

Mairi miró a Emily, con una sonrisa en su rostro mientras agarraba una cesta y abría la despensa.

—Tenemos suficientes provisiones para la semana, señora Mortlake. Pero si necesitamos más, podemos enviar a uno de los muchachos a Skye para buscarlas. Hay un pueblo allí, y tendrán todo lo que necesitamos. Pero no tendremos que ir allí a menudo, tenemos un buen jardín en la parte de atrás, y podremos cultivar nuestros propios vegetales, tenemos gallinas y vacas y ovejas en abundancia. Solo enviamos a buscar harina y té y azúcar, cosas que no podemos cultivar nosotros mismos.

Emily asintió, aliviada. —¿Y la cena de esta noche?

Mairi señaló la cesta, que había llenado con verduras frescas de los estantes de la despensa. — Estaba pensando en hacer un buen pollo asado con patatas y zanahorias. Y tengo pan fresco horneándose en el horno, y un pastel de caza para reemplazar el que el laird se comió anoche. Tendremos un verdadero festín, ya lo verá.

Emily sonrió, sintiendo que su estómago rugía ante la idea de una cena caliente de asado. —Eso suena maravilloso, Mairi. Gracias por sus esfuerzos.

—Y hay bollos frescos que salieron del horno hace no más de diez minutos para su desayuno, señora Mortlake, así que ¿por qué no se sienta cinco minutos y come algo antes de que se desvanezca? Cosita delgada que es usted —murmuró Mairi mientras ponía un plato en la mesa frente a Emily—. ¡Necesita alimentarse bien!

Divertida por ser llamada una "cosita" por una mujer una cabeza más baja que ella, Emily, sin embargo, se sentó a la mesa y partió un bollo fresco, untándolo con mantequilla y mermelada.

Casi gimió al primer bocado.

—¿Ha comido ya el laird? —pensó en preguntar mientras terminaba un segundo bollo.

—No, señora; ¿le gustaría llevarle una bandeja y algo de café? —Mairi estaba claramente ocupada, fregando verduras en una palangana con agua.

—Por supuesto que lo haré —dijo Emily, tomando un plato limpio y colocando varios bollos en él. No estaba segura si el laird siempre tenía un apetito como el que había mostrado anoche, pero definitivamente se aseguraría de que siempre se le sirvieran porciones generosas a menos que él le indicara lo contrario. ¡Era mejor proporcionar demasiada comida a un hombre hambriento que no suficiente!

Aidan estaba de vuelta en su escritorio en la biblioteca, pasando las páginas de un pesado libro antiguo. Asintió y murmuró un ausente agradecimiento cuando Emily colocó la bandeja en una mesa cercana; ella se retiró en silencio, sin querer molestarlo. Mientras regresaba al gran salón, miró alrededor. Con la familia Craig ausente, estaba mucho más silencioso, aunque los dos hombres del laird seguían trabajando en limpiar las telarañas y la criada Dina estaba de rodillas, ocupada limpiando las cenizas de la chimenea.—Continúen —dijo Emily rápidamente cuando uno de los hombres hizo una pausa en su trabajo para mirarla inquisitivamente, y se dirigió fuera del salón y de vuelta a la cocina.

—Mairi —dijo, un poco nerviosa pero dándose cuenta de que no tenía muchas opciones—, se suponía que la antigua ama de llaves me iba a entrenar, pero... parece que los McAilish no van a volver, ¿estoy en lo cierto?

—Sí, su señoría dijo que empacaría sus cosas y las enviaría a casa de su hija en Skye —Mairi seguía trabajando duro, apenas levantando la vista ante la pregunta de Emily—. Oh. ¿Es este tu primer puesto, entonces?

—Sí —admitió Emily.

La mirada de Mairi estaba llena de simpatía. —¿Enviudaste joven y te quedaste sin provisión?

Eso no era cierto en absoluto, pero discrepar levantaría preguntas que Emily no podía responder, así que en su lugar contestó: —Me temo que he caído en tiempos difíciles. Tengo algo de educación sobre cómo llevar una casa, pero desde la posición de señora más que de ama de llaves.

Mairi asintió, comprendiendo. —Bueno, te enseñaré lo que necesitas saber. No es tan difícil, en realidad. Solo es cuestión de mantener todo organizado y asegurarse de que el personal sepa lo que está haciendo.

Emily suspiró aliviada. —Gracias, Mairi. Aprecio tu ayuda.

—Por supuesto. Haremos un buen equipo, tú y yo —Mairi sonrió y volvió a su trabajo.

Emily la observó por un momento, sintiendo gratitud por la amabilidad de la mujer mayor. Sabía que adaptarse a esta nueva vida en el Castillo Inver iba a ser difícil, pero con la ayuda de Mairi, se sentía más confiada en su capacidad para tener éxito. Respiró hondo y se recordó a sí misma que estaba aquí por una razón: para empezar de nuevo y hacer una nueva vida para sí misma. Y estaba determinada a hacerlo.



Capítulo Siete

EMILY VIO SORPRENDENTEMENTE POCO al laird conforme pasaban los días: estaba ocupada poniendo en orden el Castillo Inver después de una década de abandono, aprendiendo a orientarse y desentrañando exactamente en qué consistía su trabajo, con el apoyo voluntario pero no siempre bien informado de Mairi. Había preguntas que Emily hubiera querido hacerle a Aidan sobre sus planes y deseos para el funcionamiento del castillo, pero él nunca estaba por allí; después de aquel primer día que pasó principalmente en su biblioteca, se ausentaba desde el amanecer hasta el anochecer.

Emily llegó a comprender que no era solo el castillo lo que había sido descuidado. Aunque Raasay no era exactamente un terreno fértil para cultivar como las vastas llanuras de Kent o Surrey, la tierra necesitaba cuidados y también había sido ignorada durante muchos años. Aidan estaba fuera con los arrendatarios y granjeros, ayudándoles a mejorar sus campos y a cuidar de sus animales.

Era incomprensible.

Él era rico y tenía un título, y Emily nunca había oído hablar de un caballero acaudalado y con título que estuviera dispuesto a ensuciarse las manos ayudando a sus arrendatarios. Incluso su madre, una dama amable y bondadosa, no se había dignado a hacer más que dar una vuelta por su finca una vez al mes más o menos para repartir canastas de comida a los más necesitados de su gente.

Emily se encontró cada vez más curiosa sobre el laird y sus motivaciones. Claramente había más en él de lo que se veía a simple vista. Pero cada vez que intentaba preguntarle a alguno de los empleados sobre él, se cerraban o cambiaban de tema. Era evidente que era un hombre reservado y respetaban esa privacidad.

Un día, mientras paseaba por los jardines, vio a Aidan sentado en un banco con la cabeza inclinada sobre un libro. Sin pensarlo, Emily se acercó a él.

—Buenas tardes, mi señor —dijo, con voz titubeante.

Aidan levantó la vista, sorprendido.

—Buenas tardes, señora Mortlake. ¿Qué la trae por aquí?

—Solo estaba dando un paseo por los jardines —dijo Emily, señalando las flores y los árboles que los rodeaban—. Y lo vi sentado aquí, completamente solo.

Aidan sonrió levemente.

—Disfruto de la soledad —dijo—. Es tranquilo aquí.

Emily asintió, dando un paso atrás.

—Siento haberlo interrumpido.

—¡No, no! —Levantó una mano para detener su retirada—. He estado tratando de hacer tiempo para hablar contigo. Por favor. Siéntate. —Hizo un gesto hacia el banco a su lado—. Dime cómo encuentras la vida aquí. —Echó un vistazo rápido alrededor para comprobar que no hubiera nadie al alcance del oído, pero no había un alma a la vista—. ¿El trabajo no es demasiado duro para ti?

Ella dudó solo un momento antes de sentarse.

—No. Lo encuentro interesante.

Para su asombro, él extendió la mano y tomó la suya, girándola con la palma hacia arriba y examinándola.

Emily sabía lo que estaba viendo. Piel áspera y rosada, algunos callos empezando a formarse. Una mano que ya no parecía la de una dama noble y mimada. Un poco avergonzada, retiró su mano y la escondió entre sus faldas.

—Lamento la necesidad —dijo Aidan, con voz suave—, pero no te avergüences de esas manos. El trabajo no es algo de lo que avergonzarse. —Giró sus propias manos hacia ella, con las palmas hacia arriba, y ella sonrió a pesar de sí misma.

—Esas manos podrían pertenecer a cualquier granjero, mi señor. ¿Por qué lo hace?

Él entendió perfectamente su pregunta sin necesidad de más explicaciones, como ella pudo ver por su lento asentimiento y su sonrisa conocedora. En lugar de responderle, volvió su rostro y miró hacia la tierra que se extendía ante ellos, hasta el agua, de un azul claro con delgadas crestas blancas sobre pequeñas olas ondulantes.

—¿Ves esa cabaña de allá? —Señaló, y Emily entrecerró los ojos siguiendo la línea de su brazo para ver una pequeña granja gris a lo lejos en la distancia.

—Sí —asintió ella.

—Cuando vine aquí por primera vez, el verano en que cumplí diez años, allí vivía una viuda con sus tres hijos. Dos chicos, uno mayor que yo y otro menor, y su hija Eira, que tenía justo mi edad. Correteé con ellos sin control durante tres años seguidos, y —le lanzó una rápida sonrisa autocrítica—, me creí perdidamente enamorado de Eira.

Ella sonrió, imaginándolo como un adolescente, lleno de emociones que no sabía cómo manejar.

—Por supuesto que sí. ¿Ella aún vive aquí?

—No. —Volvió su mirada hacia la granja de nuevo, su expresión volviéndose hermética—. Tenía veinte años cuando logré regresar aquí. Sospechaba que ya estaría casada para entonces, por supuesto, pero... quería ver cómo estaba. Sus hermanos también, eran mis amigos.

El tono de su voz le indicó que algo terrible había sucedido. Emily permaneció en silencio, esperando la historia.

—El invierno antes de que yo regresara, el techo de la granja se derrumbó sobre todos ellos en medio de una tormenta feroz. La madre de Eira y su hermano mayor murieron; ella y su hermano menor Calum lograron salir, pero el castillo estaba vacío entonces y no había nadie más viviendo a kilómetros de distancia. Caminaron toda la noche para llegar a un refugio, heridos y bajo la lluvia torrencial. Ambos contrajeron neumonía y murieron en cuestión de semanas.

—Lo siento mucho —dijo Emily en voz baja en el silencio que siguió.

—Y no podía dejar de pensar que si alguien hubiera estado aquí. Si el castillo hubiera estado habitado... probablemente ambos lo habrían logrado. Eso, y el techo de la granja debería haber sido mantenido. No lo habían tocado en mucho tiempo.

El corazón de Emily se conmovió por Aidan y las pérdidas que había sufrido en su vida. No podía imaginar lo que debió haber sido para él perder a alguien por quien se preocupaba tan profundamente, especialmente cuando era tan joven. Puso una mano en su brazo, ofreciendo el poco consuelo que podía.

—Lo entiendo —dijo suavemente—. Debe ser difícil de soportar.

Aidan giró la cabeza para mirarla, sus ojos escrutando su rostro. Emily sintió un escalofrío recorrer su espalda ante la intensidad de su mirada.

—Eres diferente a cualquier mujer que haya conocido —dijo él, con voz baja y áspera.

A Emily se le aceleró el corazón al oír sus palabras. No estaba segura de lo que quería decir, pero había algo en su tono que la hacía sentir como si la estuviera viendo directamente a través de ella.

—No estoy segura de lo que quieres decir —dijo ella, con su propia voz apenas por encima de un susurro.

—Quiero decir —dijo Aidan, bajando aún más la voz— que no eres como las mujeres de mi círculo social. Todas están tan preocupadas por su apariencia, su estatus, su riqueza. Pero tú... tú eres diferente. Trabajas duro, no tienes miedo de ensuciarte las manos. Tienes un corazón bondadoso. Y... —volvió a apartar la mirada, como si estuviera luchando por encontrar las palabras adecuadas—. Me siento atraído por ti. De una manera que no he sentido por ninguna mujer desde Eira.

El corazón de Emily latía con fuerza en su pecho. Nunca había esperado que el laird mostrara algún interés en ella, y sin embargo, aquí estaba, confesándole sus sentimientos. No estaba segura de qué decir o hacer, así que simplemente se quedó sentada allí, con su mano aún apoyada en el brazo de él.

—No sé qué decir —susurró finalmente.

Su sonrisa era extrañamente melancólica.

—Es mejor que no digas nada y olvides que alguna vez hablé. Me voy a Loch Loyne en unos días, para encontrarme con mi madre. No estoy seguro de si volveré antes del invierno.

El abrupto cambio de tema la dejó sin aliento cuando él se puso de pie, alzándose sobre ella. Abrió la boca para hablar —no estaba segura de lo que iba a decir, pero fue interrumpida por un rugido que venía de la dirección del castillo. Tanto ella como Aidan se volvieron en esa dirección, con el ceño fruncido por la curiosidad.

—¡Lo sabía! —Donal MacAndrew estaba de pie mirándolos fijamente, flanqueado por el padrastro de Emily y media docena de hombres de aspecto desaprobador. Donal levantó un brazo, señalando con un dedo tembloroso directamente hacia ellos—. ¡Secuestró a mi novia para sí mismo!



—Esto no es... —comenzó Aidan, pero uno de los hombres que estaba con Donal lo interrumpió.

—Laird MacAndrew, se le acusa del secuestro de la señorita Emily Mortlake.

—No —dijo Emily débilmente desde el banco, pero dudaba que alguien la hubiera escuchado siquiera cuando el hombre sacó unas esposas del bolsillo de su abrigo.

—Aléjese de la señorita Mortlake, ahora...

Aidan levantó las manos en señal de rendición, pero su mente trabajaba a toda velocidad. No había secuestrado a Emily, por supuesto, pero ¿cómo convencería a Donal y a sus hombres de eso? Tenía la sensación de que la lógica y la razón podrían no ser suficientes para convencerlos. Se volvió hacia Emily, que seguía sentada en el banco, con el rostro pálido y asustado.

—Todo estará bien —intentó tranquilizarla, pero ella negaba con la cabeza, moviendo la boca, obviamente al borde del grito. Ni siquiera estaba mirando a Donal, se dio cuenta. Sus ojos estaban fijos en su padrastro.

—Ella no es la señorita Mortlake. —Aidan apenas sabía lo que estaba diciendo, escuchando las palabras que salían de su propia boca con una extraña sensación de desapego.

—¿Cómo dice? —El hombre, que obviamente era una especie de policía, hizo una pausa—. Ha sido identificada por el señor Holt, su padrastro...

—Ella *era* la señorita Mortlake, por supuesto —dijo Aidan—. Pero ahora es Lady MacAndrew. Mi esposa.



Capítulo Ocho

EL SILENCIO SE HIZO presente durante un buen medio minuto, y luego tanto Donal como el padre de Emily comenzaron a gritar al unísono. Aidan los ignoró a ambos, con los ojos fijos en Emily. Ella lo miró, parpadeando rápidamente.

Piénsalo bien, la instó en silencio. La única salida posible de esto sin un desastre total —para ambos— era si ella seguía el juego. De lo contrario, lo arrestarían —no pasaría más de una noche en la cárcel, su poder como Laird MacAndrew era demasiado significativo para eso— pero ella pagaría el verdadero precio, forzada a volver bajo el control de su padrastro, solo que esta vez con una reputación arruinada.

Emily sintió que se le cortaba la respiración al darse cuenta de la gravedad de la situación. Sabía lo que Aidan estaba sugiriendo, pero la idea de fingir ser su esposa hizo que su corazón se acelerara. Nunca antes había estado casada, y la idea de ser arrojada al papel de esposa de un laird la abrumaba.

Pero cuando miró a Aidan, vio la determinación en sus ojos. Él estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para protegerla, incluso si eso significaba sacrificar su propia reputación y libertad.

Sin decir una palabra, se puso de pie y tomó su mano entre las suyas. Era cálida y fuerte, y sintió que una sensación de seguridad la invadía.

—Soy Lady MacAndrew —dijo, con voz clara y firme—. Y este es mi esposo, el Laird MacAndrew.

Donal y su padrastro quedaron en silencio, mirándola con asombro. Emily podía ver la confusión y la ira luchando dentro de ellos. Se mantuvo firme, negándose a ceder, incluso mientras se preguntaba cómo podrían mantener el engaño. En cualquier momento, seguramente uno de ellos exigiría ver el certificado de matrimonio, y tal documento no existía.

—¡Zorra! —Su padrastro fue el primero en estallar, escupiendo insultos. Emily dio medio paso atrás mientras él avanzaba hacia ella, pero Aidan se movió rápidamente para interponerse entre ellos.

—Di una palabra más a mi esposa y te pondré bajo tierra —dijo, con voz baja y mortalmente suave.

—¡No tiene mi permiso, no tiene la edad, haré que se anule! —bramó Holt, con el rostro púrpura de furia.

Aidan se rió con burla.

—Estás en Escocia. No necesita tu permiso. Y para anularlo, tendría que haber sido contra su voluntad o no consumado... y no es ninguna de las dos cosas. ¿No es así, mi amor? —Extendió el brazo hacia atrás, rodeando la cintura de Emily con él, atrayéndola hacia su costado.

—Ninguna de las dos —confirmó ella, aún aterrada y apenas capaz de pronunciar palabra. Lo único a lo que podía aferrarse era a la aparente confianza de Aidan, y eso hizo, rodeando su cintura con sus brazos y apoyando la cabeza en su hombro en una muestra de afecto fingido.

Donal MacAndrew y el padrastro de Emily intercambiaron una mirada, con los ojos llenos de rabia e incredulidad.

—Arréstenlos a ambos —dijo Donal, con voz temblorosa de ira—. Resolveremos esto en el tribunal.

—¿Bajo qué autoridad? —La voz de Aidan estaba llena de incredulidad—. Por si lo olvidabas, primo, yo soy tu jefe de clan, el Laird MacAndrew. Si acaso, considerando lo que mi esposa me ha contado sobre ustedes dos conspirando para tomar el control de su herencia, son ustedes quienes comparecerán ante el tribunal. —Miró al policía, cuyas esposas colgaban, olvidadas, de sus manos—. Espero que no esté considerando ni por un momento ponerle un par de esas a la dama —dijo, con un tono lleno de amenaza.

—¡Por supuesto que no, mi señor! —El rostro del policía palideció, miró de Donal a Holt y luego volvió a mirar a Aidan—. Mis disculpas por el malentendido, mi señor. Soy John Delverry, a su servicio.

—Arréstenlos, Sr. Deverry —dijo Aidan, con voz fría y distante—. Dejaré que mi esposa decida si desea presentar cargos.

—¡Ni lo sueñes! —gritó Holt mientras el policía se acercaba a él—. ¡No creo que estén siquiera casados!

—Lo están —dijo Donal sombríamente, mientras uno de los otros policías lo agarraba por el cuello—. Incluso si no lo estaban hasta que llegamos, lo están ahora.

—¿Qué demonios quieres decir? —Holt estaba forcejeando mientras Deverry le ponía las esposas.

—Según la ley escocesa, el único requisito para que una pareja esté casada es que ambos declaren que lo están frente a dos testigos. Lo cual acaban de hacer.

La boca de Emily se abrió de par en par mientras Donal y su padrastro eran arrastrados lejos. Giró la cabeza para mirar a Aidan, pero él le apretó la cintura en silencio advirtiéndole que no dijera nada. Esperó hasta que el último arrastre de botas sobre piedra se desvaneció en la distancia antes de hablar.

—Gracias, mi señor, pero *¿qué demonios?*

—Me temo que estamos casados —La voz de Aidan era ligera, aunque su expresión no lo era en absoluto—. Lo siento.

—¿Lo sientes? —Su voz se elevó hasta un chillido—. ¿LO SIENTES?

—¡No se me ocurría nada más que hacer! —Una pequeña sonrisa agrietó los bordes de su expresión estoica—. Debo decir que ya tienes dominado el tono de esposa gruñona.

Ella lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos, sin saber qué sentir, pensar o decir... y de alguna manera ambos estaban riendo, apoyándose el uno en el otro, una oleada de alivio abrumó a Emily y debilitó sus rodillas hasta que tuvo que sentarse en el banco. Aidan se sentó a su lado, aún riendo.

—Fue un pensamiento rápido, mi señor —dijo Emily, una vez que finalmente recuperó el aliento—. Si no lo hubieras dicho, no sé qué habría pasado.

—Yo estaría encadenado ahora mismo, y tú estarías casada con Donal antes del anochecer —dijo Aidan, bastante sombríamente.

Emily se estremeció.

—Sé que no tenías intención de casarte conmigo, pero me temo que una anulación está fuera de cuestión.

Ella asintió distraídamente, entendiendo por qué. Un pensamiento inquietante se estaba colando en su mente.

—¿Planeaste esto desde el principio?

Él se echó hacia atrás, mirándola fijamente.

—Tuviste tiempo suficiente en Edimburgo después de que me fui para averiguar todo sobre mí, sobre la fortuna que heredaré. ¿Era este tu plan, entonces, al decirme que te sentías atraído por mí?

—¡Te dije eso hace quince minutos, mujer! —Aidan parecía irritado.

—Sí, y me atrevo a decir que pensabas que tendrías todo el tiempo del mundo para seducirme, pero luego aparecieron ellos, y fue una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar.

—Tienes una imaginación muy vívida —espetó él—. ¿Tu memoria alcanza a recordar lo que dije después de confesarte que me sentía atraído por ti? Porque dije que me iba. No quería hacerte sentir que me debías algo. No quería presionarte.

Se miraron en silencio, Emily con sospecha y Aidan con enojo. Finalmente, él suspiró y negó con la cabeza.

—Te ha criado un mentiroso que no quería más que robarte la fortuna que te pertenecía por derecho, y luego casi te casas con el canalla de mi primo. Supongo que no tienes motivos para esperar algo mejor de un hombre, con semejante ejemplo, pero juro por todos los santos que no soy esa clase de hombre. Si tu fortuna es de lo que se rumoreaba en Edimburgo, sí, no negaré que más que duplicará la mía, ¡pero no la necesito! Si no tuviera más que esto, ¡sería más que feliz!

—Extendió el brazo para señalar el Castillo Inver.

Emily sintió que su corazón se ablandaba ante la sinceridad en su voz y la intensidad de su mirada. Lo había juzgado mal y tenía que admitir que se había equivocado. Aidan no era como su padrastro o su ex prometido. Era un hombre de honor, un hombre que la protegería, y un hombre que acababa de casarse con ella para mantenerla a salvo.

—Te creo —dijo, extendiendo la mano para tomar la suya—. Lamento haber dudado de ti, mi señor. Es solo que me han mentido tantas veces, y no sabía en quién confiar.

—Lo entiendo —dijo él, apretando suavemente su mano—. Pero puedes confiar en mí, Emily. Siempre seré honesto contigo y siempre te protegeré. Es mi deber como tu esposo.

Emily sintió que un calor se extendía por su pecho al escuchar su nombre en sus labios. Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila, y le gustaba cómo sonaba en sus labios.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó en voz baja.

—Me dirigía a Loch Loyne para encontrarme con mi madre. Será mejor que vengas conmigo. Cuando regresemos aquí, serás Lady MacAndrew. —Se encogió de hombros.

—Todavía necesitas un ama de llaves para el Castillo Inver —señaló Emily.

Aidan sonrió. —Creo que podría persuadir a Audra y su familia para que se muden aquí y se encarguen del lugar. ¿Qué te parece esa idea?

—Es una gran idea —dijo Emily, sonriendo ante la idea de tener a Audra y su familia cerca—. Son buenas personas, y me alegraría tenerlos aquí.

—Bien. —Aidan le devolvió la sonrisa—. Entonces está decidido. Partiremos hacia Loch Loyne a primera hora de la mañana.

Emily asintió, sintiendo que la invadía una sensación de alivio. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía segura y protegida. Juntos se volvieron hacia el castillo, y a Emily se le ocurrió un pensamiento. Miró nuevamente a Aidan, mordiéndose el labio.

—No, definitivamente no esperaré compartir tu cama —dijo él, aparentemente leyendo su mente, y ella se sonrojó intensamente.

—Yo... no estaba... bueno, sí lo estaba, pero...

—Emily. —Habló con firmeza—. No es asunto de nadie más que tuyo y mío cuándo decidas que estás lista. Simplemente no le dejes saber a nadie más que no lo hemos hecho, porque habría un riesgo.

Ella sabía a qué se refería. Si el matrimonio no se había consumado y su padrastro pudiera probarlo —y de alguna manera volver a tenerla bajo su poder— podría intentar anular el matrimonio. Agradecida de que Aidan no estuviera exigiendo sus derechos conyugales, simplemente asintió y caminó junto a él de vuelta al Castillo Inver.



La sede de los MacAndrew en Loch Loyne era mucho más imponente que el Castillo Inver, Emily se dio cuenta cuando cabalgaron sobre la cima de una colina baja cuatro días después y el castillo apareció a la vista. El Castillo Inver era una casa señorial glorificada; esto era una fortaleza, probablemente una que comenzó hace mil años o más y a la que se le fueron añadiendo cosas regularmente durante los siglos siguientes. Una masa extensa y almenada de piedra gris en una montaña con vistas a un largo y estrecho lago.

Un grito desde las almenas sobre la enorme puerta de madera llegó a sus oídos mientras se acercaban cabalgando, y la puerta crujió al abrirse para dejarlos entrar. Cabalgaron hacia un patio, con los cascos de sus caballos resonando en la piedra, y Aidan se acercó para ayudar a Emily a desmontar.

—Gracias —murmuró ella cuando sus pies tocaron el suelo.

—¿Y quién es esta que has traído, Aidan? —preguntó una voz mordaz desde lo alto de las escaleras.

Emily y Aidan se volvieron para mirar a la mujer de aspecto majestuoso que había salido a recibirlos.

—Hola, madre —dijo Aidan, con tono irónico. Emily sabía que no había enviado un mensaje por adelantado, y era poco probable que Donal hubiera podido alertar a alguien tampoco, estando

bajo custodia de camino de vuelta a Edimburgo.

Fiona MacAndrew estaba a punto de llevarse la sorpresa de su vida. Emily sintió que su mano se deslizaba hacia la de Aidan. Él la apretó de manera tranquilizadora, guiándola escaleras arriba.

—¡Oh, Dios mío! —La mano de Fiona voló hacia su pecho—. ¡Esa es la señorita Mortlake! Dónde la encontraste... Donal estará... espera. —Sus ojos habían captado el enlace de sus manos. —Madre, permíteme presentarte a Lady MacAndrew. Mi esposa —dijo Aidan.

Fiona dio un paso tambaleante hacia atrás, con la boca abierta, y tanto Aidan como Emily instintivamente extendieron la mano para sostenerla.

—Madre, ¿estás bien? —preguntó Aidan, con preocupación grabada en su rostro.

Fiona respiró profundamente y se enderezó, recuperando la compostura.

—Yo... estoy bien —dijo, mirando de Aidan a Emily y viceversa—. Debo decir que esto es bastante inesperado. ¿Cuándo os casasteis?

—La semana pasada —dijo Aidan, con una leve sonrisa jugando en la comisura de sus labios.

Los ojos de Fiona se abrieron con incredulidad. —¿Y ni siquiera enviaste un aviso?

—Teníamos nuestras razones —dijo Aidan, aún sosteniendo la mano de Emily—. Y necesitamos tu ayuda, madre. El padrastro de Emily está tras su fortuna, y necesitamos mantenerla a salvo.

La expresión de Fiona se suavizó. —Por supuesto, querido. Sabes que haré cualquier cosa para ayudar. Entrad, los dos, y hablaremos más sobre esto.

Siguieron a Fiona al interior del castillo, Emily sin poder evitar sentirse un poco intimidada por la grandeza del lugar. Los condujeron a una gran sala de estar, donde Fiona llamó a un sirviente para que trajera té. Emily se sentó nerviosamente en el borde de un sofá, mientras Aidan se quedaba de pie detrás de ella, con las manos apoyadas en sus hombros.

—Ahora, contádmelo todo —dijo Fiona, acomodándose en un sillón.

Emily respiró hondo y comenzó a relatar los eventos que llevaron a su matrimonio con Aidan. Habló de los intentos de su padrastro por controlar su fortuna, de su compromiso con el primo de Aidan, su negativa en el altar y cómo Aidan la ayudó a escapar.

—Por supuesto que fuiste tú —murmuró Fiona, mirando a su hijo, que permanecía sentado en silencio, dejando que Emily relatara la historia—. Nunca tuvo mucho sentido que hubiera salido por la ventana y simplemente desaparecido.

—Cuando entré en la sacristía, su padrastro acababa de golpearla en la cara —dijo Aidan, con voz tranquila pero dura como el hierro—. No estaba dispuesto a quedarme de brazos cruzados y ver cómo la maltrataba hasta que aceptara casarse con Donal. Francamente, si hubiera llegado antes, habría detenido la boda mucho antes de que llegara a la iglesia.

—Sí —dijo Fiona, recostándose en su silla y tomando su taza de té para dar un sorbo—. Temíamos que fuera así. Y por supuesto, no acudieron a mí porque yo había apoyado la boda en un principio.

Ninguno de los dos dijo nada. No hacía falta. Fiona parecía bastante avergonzada de sí misma.

—Es el hijo de mi hermana, y ella lo ama, con todos sus defectos. Quería que fuera feliz. Pensó que tú podrías lograrlo —le dijo a Emily, con una nota de disculpa en su voz.

—Posiblemente, pero estoy bastante seguro de que habría hecho a Emily sumamente infeliz —señaló Aidan secamente—. Sé demasiado bien sobre su propensión a intimidar a cualquiera que perciba más débil que él, y ya no pienso tolerarlo por el bien de la familia. Lo envié de vuelta a Edimburgo bajo custodia policial.

—Oh, Dios mío. —Fiona se abanicó—. Clare tendrá un ataque.

—No te preocupes. —Aidan hizo una mueca—. No hay cargos que vayan a prosperar. Espero que unos días siendo tratado como un criminal común le hagan entrar en razón, aunque... ya no pienso financiar su estilo de vida.

Emily observaba el intercambio entre Aidan y su madre, sintiéndose agradecida por el apoyo y la protección que le habían brindado. Sabía que estaba a salvo con Aidan, y ahora también con los MacAndrew. Mientras continuaban discutiendo sus planes para el futuro, no pudo evitar sentir una sensación de esperanza por primera vez en mucho tiempo.



Cuando la conversación llegó a su fin, Fiona se puso de pie y los acompañó a sus habitaciones, insistiendo en que descansaran después de su viaje. Emily siguió a Aidan por un laberinto de pasillos hasta que llegaron a una gran suite al final de un corredor. La habitación era espaciosa, con una gran cama con dosel que dominaba el espacio. Aidan se volvió hacia ella y tomó sus manos entre las suyas.

—¿Estás bien? —preguntó, sus ojos escrutando los de ella.

—Sí —dijo suavemente, mirándolo—. Gracias por todo.

Él le apretó las manos, y por un breve y vertiginoso momento, ella pensó que podría inclinarse y besarla. Había estado extrañamente formal desde el momento en que dejaron el Castillo Inver, tratándola con respeto pero manteniéndola a distancia.

—Haré que suban algo de comida —dijo, retrocediendo abruptamente—. Estoy seguro de que mi madre podrá recomendar una doncella para asistirte.

Emily quería replicar que no había tenido la ayuda de una doncella durante varias semanas y que se las estaba arreglando perfectamente bien, pero se mordió la lengua. Era una situación extraña y un camino aún más peculiar el que había tomado para llegar aquí, pero ahora era Lady MacAndrew, esposa de un jefe de clan, y condesa también, si recordaba correctamente los títulos que Aidan había enumerado una vez para intimidar a su padrastro. Rechazar la asistencia de una doncella solo porque estaba molesta con su marido sería más que excéntrico.

Se conformó con cerrar la puerta a espaldas de Aidan con un golpe, cruzando los brazos mientras recorría la suite inspeccionándola.



Capítulo Nueve

AIDAN OYÓ EL PORTAZO detrás de él y se estremeció. Sin embargo, había tenido que batirse en retirada, porque cada vez le resultaba más difícil estar cerca de Emily sin hacer algo estúpido como intentar besarla impulsivamente.

—Es mi esposa —murmuró entre dientes mientras se dirigía a su propia habitación al otro extremo del pasillo, una situación que era consciente que probablemente daría de qué hablar, pero poner a Emily cerca sería demasiada tentación.

—Y hablando de tu *esposa* —dijo su madre desde la puerta abierta de su habitación, haciendo que Aidan casi saltara de su piel—, ¿qué tal si me cuentas qué demonios está pasando realmente?

—Exactamente lo que te dije. Donal la habría tratado mal. Yo no lo haré. Estamos casados.

Fiona entrecerró los ojos y lo fulminó con la mirada.

—Entonces dime por qué tu esposa está en una habitación al otro lado del castillo en lugar de compartir la tuya.

Como de costumbre, su madre iba directo al grano.

—Al final no tuvo mucha elección —admitió Aidan—. No quiero quitarle todas sus opciones. Necesito darle tiempo.

—¿Tiempo para qué, exactamente? —preguntó Fiona, cruzando los brazos.

Aidan suspiró, sabiendo que ya no podía ocultarle la verdad a su madre.

—Tiempo para adaptarse a su nueva situación. Tiempo para acostumbrarse a estar casada conmigo. Tiempo para... enamorarse de mí, supongo.

Las cejas de Fiona se alzaron con sorpresa.

—¿Estás enamorado de ella?

—Creo que sí —dijo Aidan, sintiéndose un poco avergonzado al admitirlo en voz alta—. Es... complicado. Pero no puedo negar que la quiero profundamente y deseo que sea feliz.

Fiona lo estudió por un momento, luego asintió.

—Creo que entiendo. Pero no puedes mantenerla alejada para siempre, Aidan. Es tu esposa, y te necesita. Tienes que hablar con ella, pasar tiempo juntos, hacerle saber cómo te sientes.

—Lo sé —dijo Aidan, sintiendo una sensación de inquietud instalarse en su estómago. Había otras cosas que necesitaba hacer también, incluyendo escribir a los fideicomisarios que controlaban la herencia de Emily, y Dios sabía cómo resultaría eso, con Keevan Holt sin duda sediento de su sangre. Por el bien de Emily, intentaría que pusieran su dinero a su disposición, pero era muy posible que ella nunca viera un centavo. Se preguntó cómo se sentiría si ese fuera el caso, sabiendo que había llegado sin un céntimo a su matrimonio. Era orgullosa, a pesar de haber estado dispuesta a trabajar para ganarse el sustento, y no podía imaginar que eso le sentara bien.

Necesito hacer un gesto, pensó. Algo para mostrarle a Emily que importa, con herencia o sin ella.

—Nos casamos de una manera muy informal —dijo, tanteando una idea—, sin ninguno del clan presente para ser testigo. Me gustaría convocarlos a todos aquí. Hacer que la reconozcan como la Lady MacAndrew.

—¿Y que reafirmen su lealtad hacia ti, después de que secuestraras y te casaras con la novia de tu primo? —dijo Fiona con ironía.

—No la secuestre —Las cejas de Aidan se fruncieron, y se irguió—. Y si algún hombre del clan tiene algún problema con mi matrimonio, puede mirarme a los ojos y decírmelo.

—No creo que sean los hombres de quienes tengas que preocuparte —murmuró Fiona, pero asintió, alisando sus faldas—. Empezaré a escribir las invitaciones, convocándolos a una reunión. Y si me permites una sugerencia...

Aidan abrió la mano en un gesto para que expresara su opinión, aunque ella ya estaba continuando.

—Para cuando lleguen, será mejor que estés compartiendo la cama con tu esposa... o habrá muchas preguntas que no querrás responder. Entonces, ¿cuándo exactamente te gustaría que se celebrara esta reunión?

—¿Un mes? —dijo, decidió que sonaba demasiado inseguro, y lo repitió con más firmeza—. Un mes.

—Si tú lo dices —Sacudiendo la cabeza, su madre se dirigió a la puerta. Se volvió antes de salir para lanzar una última advertencia.

—Y Aidan, no olvides que el amor es un camino de dos vías. No puedes esperar que ella se enamore de ti si no estás dispuesto a mostrarle a Emily que *tú* la amas a *ella*.



Aidan se quedó solo en su habitación, meditando las palabras de su madre. Tenía razón, por supuesto. No podía simplemente sentarse y esperar que Emily se enamorara de él. Necesitaba tomar acción. Pero, ¿qué acción podría tomar que no pareciera forzada o insincera?

Entonces lo comprendió. La respuesta estuvo frente a él todo el tiempo. Se acercó a su escritorio y comenzó a redactar una carta para los fideicomisarios de Emily. Sabía que era una posibilidad remota y poco probable que tuviera éxito sin un gran esfuerzo adicional, pero tenía que intentarlo, o al menos empezar.

Comenzó la carta presentándose como el esposo de Emily y el jefe del clan MacAndrew. Luego explicó que escribía para solicitar que liberaran la herencia de Emily directamente a ella, ya que ahora era una mujer casada y ya no estaba bajo la tutela de su padrastro.

Esto, al menos, podía hacer.

No fue hasta después de haber firmado y sellado la carta y enviado a un jinete en el largo viaje a Londres que se dio cuenta... aunque él sabía que sus motivos para buscar obtener la herencia de Emily para ella eran puramente altruistas, para cualquier otra persona, incluyendo a la misma Emily, podría parecer tan codicioso como Donal.

—Debería haber hablado con Emily primero —murmuró Aidan, golpeándose la frente mientras se llamaba a sí mismo diez clases de idiota—. Bueno... tengo un poco de tiempo. Me aseguraré de que sepa que no quiero su dinero.

Al volverse, miró hacia el castillo que se alzaba detrás de él, sus ojos dirigiéndose infaliblemente a las ventanas de la habitación de Emily. Un pálido destello le hizo entrecerrar los ojos. ¿Había sido ese el cabello dorado de Emily lo que acababa de vislumbrar? ¿Estaría ella observándolo, preguntándose adónde había ido el hombre que acababa de enviar?

Si ella fuera realmente su esposa, si confiara en él, no tendría que preguntárselo. Ya lo sabría.

Lleno de determinación, Aidan atravesó la puerta del castillo. Se dirigió hacia la habitación de Emily, con el corazón latiendo salvajemente en su pecho. No estaba seguro de qué le diría, ni de cómo reaccionaría ella, pero sabía que tenía que intentarlo. No podía seguir conteniéndose con ella, no cuando sentía lo que sentía.

Al llegar a su puerta, dudó un momento antes de llamar suavemente. No hubo respuesta, así que llamó de nuevo, un poco más fuerte esta vez.

—¿Emily? —llamó en voz baja—. Soy Aidan. ¿Puedo entrar?

Hubo un largo silencio, y Aidan empezó a preocuparse de que ella no estuviera allí después de todo. Pero justo cuando estaba a punto de darse la vuelta, la puerta finalmente se abrió con un crujido.

Emily estaba allí, con el cabello suelto y despeinado sobre sus hombros. Sus ojos estaban rojos e hinchados, como si hubiera estado llorando, y el corazón de Aidan se retorció de preocupación.

—¿Qué ocurre? —preguntó, acercándose a ella, extendiendo instintivamente las manos para colocarlas sobre sus hombros.

—Nada —dijo ella desafiante.

—Emily, apenas te vi llorar incluso después del desastre que se suponía que iba a ser tu boda con mi primo. Ahora dime qué te tiene tan alterada.

Emily bajó la mirada hacia sus pies, su voz apenas por encima de un susurro.

—Es solo... todo. Toda esta situación es abrumadora. No sé qué hacer ni hacia dónde ir a partir de aquí. Siento que he perdido el control de mi vida.

El corazón de Aidan se dolió por ella. Sabía exactamente cómo se sentía, habiendo sentido lo mismo desde el momento en que se dio cuenta de que no tenía otra opción que casarse con ella. Dio un paso más cerca, sus manos aún descansando sobre los hombros de Emily.

—Sé que no es justo para ti —dijo suavemente—. Pero necesito que confíes en mí. Estoy aquí para ti. Lo resolveremos juntos.

Emily lo miró, sus ojos escrutando su rostro.

—¿De verdad lo dices en serio?

—Por supuesto que sí —dijo Aidan, su voz firme y sincera—. Sé que empezamos con el pie izquierdo, pero quiero arreglarlo. Quiero que esto funcione entre nosotros.

—Yo también quiero eso —susurró ella.

—Entonces comencemos como pretendemos continuar, ¿de acuerdo? —Dejando caer sus manos de los hombros de ella, tomó su mano y la llevó hacia la ventana, haciéndola sentarse en el asiento acolchado junto a él—. Como mi esposa, no tendré secretos para ti. Todo lo que tengo, todo lo que hago, es tuyo para compartir, así que empecemos con lo de hoy. —Asintió hacia la vista exterior—. ¿Viste a ese jinete partir?

—Sí. —Ella lo miró de reojo a través de sus pestañas.

—Lo envié a Londres con una carta para tus fideicomisarios. Y, mea culpa, fue solo después de haberlo despedido que me di cuenta de que debería haberte preguntado si había algún mensaje que quisieras incluir, o incluso si había algún enfoque particular que hubieras sugerido como óptimo, dado que tú los conoces y yo no.

Una pequeña sonrisa tocó sus labios, pero no dijo nada, solo inclinando ligeramente la cabeza.

—Cualquiera que sea el enfoque, creo que ambos sabemos que no será tan simple como una o dos cartas. No dejaré de luchar por lo que te pertenece por derecho, sin embargo, y quiero que sepas que cuando —no si— ganemos, el dinero es tuyo. Yo no lo quiero.

—Ni uno de cada mil hombres diría eso —murmuró ella.

—Para ser justos, no muchos hombres son tan ricos como yo —señaló Aidan honestamente.

—Algunos hombres, no importa cuánto tengan, nunca es suficiente. Mi padrastro originalmente quería que me casara con un hombre rico porque pensaba que no les importaría mi dinero y él podría mantener el control sobre él. Cambió de opinión cuando cada uno de los que abordó preguntó cuándo se les entregaría mi dinero para su control.

Aidan sacudió la cabeza con disgusto.

—Eso es despreciable. Nunca te haría eso, Emily. Quiero que tengas tu independencia y tu libertad, tanto en tu corazón como en tu bolsillo.

Los ojos de Emily brillaron con emoción mientras lo miraba.

—Gracias, Aidan. Eso significa más de lo que puedes saber.

Se sentaron en silencio por unos momentos, ambos perdidos en sus propios pensamientos. Finalmente, Aidan volvió a hablar.

—Sé que esto es mucho para asimilar. Han pasado muchas cosas en poco tiempo, y es fácil sentirse abrumada. Pero quiero que sepas que estoy aquí para ti. Te apoyaré en lo que decidas hacer, ya sea tomar el control de tu herencia o algo completamente diferente.

Emily le sonrió, sus ojos suavizándose.

—Aprecio eso, Aidan. He sido resistente a la idea del matrimonio con cualquiera debido a lo que mi padrastro ha hecho, pero... estoy empezando a ver que el matrimonio contigo podría ser lo mejor que me ha pasado.

Él le apretó la mano, que yacía olvidada en la suya.

—Me alegro de que te sientas así. He estado seguro desde el momento en que te reclamé como mi esposa frente a esos policías de que casarme contigo es definitivamente lo mejor que me ha pasado.

Ella se rio, como él había esperado, y él se puso de pie.

—¿Qué te gustaría hacer esta tarde, Lady MacAndrew? Si estás cansada, puedes descansar. O podrías venir a dar un paseo conmigo y explorar tu nuevo hogar.

—Me encantaría explorar, pero —miró hacia abajo, mordiéndose el labio, y alisó su falda de lana gris con las manos—, no estoy exactamente vestida de una manera digna de la esposa del laird.

Aidan podría haberse pateado a sí mismo. Ni siquiera había ordenado al ama de llaves que encontrara más ropa para Emily. La de su madre no le quedaría, Fiona era casi una cabeza más baja que Emily y bastante más rolliza, pero seguramente habría algo en el castillo que pudiera alterarse para quedarle a Emily y que no fuera el vestido que había estado usando desde que dejaron Raasey.

—Déjame a mí. Haré que te encuentren algo. —Miró alrededor—. Lo cual me recuerda. ¿Dónde está la doncella que pedí que te enviaran?

—Oh, me trajo un poco de té y pastel y dijo que iría a ver lo del baño...

Un golpe en la puerta en ese momento anunció la llegada de la doncella, seguida por un pequeño ejército de muchachos con cubos y jarras de agua caliente, y dos hombres mayores que cargaban una gran bañera de cobre.

Aidan observó cómo el rostro de Emily se iluminaba de sorpresa y deleite al ver el equipo de baño. No pudo evitar reírse de su reacción.

—¿Todo es de su agrado, mi señora? —preguntó la criada con una reverencia.

—Sí, gracias —respondió Emily, sonriendo radiante a la criada—. Es más de lo que podría haber esperado.

Aidan hizo un gesto hacia la bañera.

—¿Te dejo entonces?

Emily asintió, y Aidan se dio la vuelta para salir de la habitación. Al llegar a la puerta, se detuvo y la miró.

—Emily —dijo suavemente—. Si necesitas algo, solo llámame. Estaré aquí.

Ella le sonrió, y él sintió que su corazón se hinchaba de afecto por ella. Cerró la puerta tras de sí y se dirigió por el pasillo, con la mente llena de ideas sobre cómo hacer que ella se sintiera más en casa en el castillo.



Capítulo Diez

DESPUÉS DE DELEITARSE EN el baño hasta que su piel comenzó a arrugarse, Emily finalmente se dejó persuadir para salir. Mientras se bañaba, le habían entregado tres vestidos y, aunque no eran ni de cerca de la calidad a la que alguna vez estuvo acostumbrada, estaban hechos de una lana suave y finamente tejida, y los colores brillantes la hacían sentir menos como una sirvienta y más como una dama de nuevo. Eligió el verde, y dos doncellas hicieron algunas alteraciones rápidas para que le ajustara mejor en la cintura y el busto.

Sintiéndose más segura en su nuevo vestido, Emily se dirigió al gran salón, donde Aidan la estaba esperando. Él se puso de pie tan pronto como la vio, con los ojos abiertos de admiración.

—Te ves hermosa —dijo, extendiéndole la mano.

Emily se sonrojó, sintiendo que un calor se extendía por su cuerpo ante el cumplido. Tomó su mano, y él la guió por el castillo, mostrándole pasajes secretos y pinturas de los MacAndrew que databan de siglos atrás.

Fiona se unió a ellos a mitad del recorrido y Emily pronto descubrió cuánto le agradaba la madre de Aidan, mientras Fiona y Aidan bromeaban y hacían todo lo posible por superarse mutuamente en sus esfuerzos por divertir a Emily. Le dolían los costados de tanto reír cuando finalmente terminaron y regresaron al gran salón.

—La cena se servirá en quince minutos. No es necesario cambiarse —Fiona descartó la pregunta de Emily con un gesto. Mientras esperaban que se sirviera la cena, Aidan les sirvió a cada uno una copa de vino y se sentaron en un cómodo silencio, disfrutando de la compañía mutua.

—He estado pensando en nuestra conversación de antes —dijo Aidan, rompiendo el silencio—. Sobre tu herencia y los planes de tu padrastro para ella.

Emily se tensó al mencionar a su padrastro, pero mantuvo la mirada fija en el rostro de Aidan.

—Sé que debe ser difícil pensar en ello, pero quiero que sepas que estoy aquí para ayudarte. Ya he enviado una carta a tus fideicomisarios, pero creo que sería mejor si adoptáramos un enfoque más proactivo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Emily, con voz apenas por encima de un susurro.

—Me refiero a que deberíamos ir a Londres nosotros mismos y hablar directamente con tus fideicomisarios. Mostrarles que no eres solo una mujer indefensa que necesita la protección de un hombre, sino una dama capaz e inteligente que sabe lo que quiere.

Los ojos de Emily se abrieron de sorpresa.

—Londres —dijo débilmente.

—No de inmediato. De hecho, he enviado un aviso para una reunión del clan, para que sean testigos de nuestro matrimonio y te den la bienvenida como la nueva señora. Les llevará tiempo reunirse, así que lo programé para dentro de un mes. Después de eso, creo que deberíamos partir hacia Londres. Cuanto más tiempo dejemos a tu padrastro a sus anchas, más travesuras podrá hacer, me temo.

Emily sonrió junto con Aidan, tratando de analizar los extraños y cálidos sentimientos en la boca de su estómago que surgían cuando él le hablaba de esta manera, confiando en ella y escuchando sus opiniones. Confianza, pensó, una emoción que le había sido ajena durante demasiado tiempo, y quizás algo más.

Tal vez los comienzos del amor.

Durante las siguientes semanas, Emily se encontró ocupada y comprometida, con Fiona enseñándole todos los deberes que ahora eran su responsabilidad como esposa del laird, no es que Fiona tuviera la intención de abandonar a Emily para que manejara todo, la mujer mayor se apresuró a tranquilizarla. Aidan también pasaba lo que parecía una cantidad extraordinaria de tiempo con ella, haciendo espacio cada día para caminar por el castillo o simplemente sentarse y hablar después de compartir una comida. Llegó a conocerlo bien y a apreciarlo más que nunca, pero él todavía parecía mantenerla a distancia: nunca intentaba siquiera besarla o tocarla, excepto ocasionalmente para tomarle la mano y guiarla en una escalera resbaladiza.

Y Emily quería que la tocara, quería que le robara un beso o incluso más, se admitió silenciosamente a sí misma mientras lo observaba una mañana desde la ventana de su dormitorio. Aidan tenía la costumbre de levantarse temprano y caminar hasta el lago para nadar, Emily lo había descubierto cuando se despertó temprano por casualidad y miró por la ventana para descubrir a su marido caminando empapado de vuelta al castillo, vestido con nada más que un par de pantalones de lino delgados empapados hasta la piel.

Sus ojos casi se le salieron de la cabeza mientras lo miraba, y desde entonces había pedido a su doncella que la despertara temprano, le trajera té y la dejara sola por un rato.

¿Era pecaminoso desear a su propio marido? No lo sabía, y no le importaba, apoyando la barbilla en su mano y suspirando un poco con nostalgia mientras sus ojos recorrían ávidamente sus anchos hombros, su fuerte pecho y la mata de fino vello oscuro que descendía hasta la cintura de sus pantalones.

Pero Emily sabía que tenía que ser paciente. Aidan no había sido más que respetuoso y amable con ella, y no quería arruinar su delicada relación presionando demasiado. ¿Qué le diría incluso? Ni siquiera podía imaginar cómo iniciar una conversación sobre querer ser más íntima con él, así que mantuvo la boca cerrada sobre el asunto y se contentó con sus observaciones matutinas.

A medida que se acercaba el día de la reunión del clan, Emily se encontraba cada vez más nerviosa. Nunca se había sentido cómoda en grandes multitudes, y la idea de ser el centro de atención era intimidante, por decir lo menos.

Los MacAndrew comenzaron a llegar una semana antes de la celebración, y cada uno de ellos parecía encantado de conocerla y muy feliz de que Aidan se hubiera casado. Reconoció a un buen número de ellos de la ceremonia de boda abortada con Donal, pero ni uno solo mencionó siquiera ese día desastroso. El propio Donal no asistiría; Aidan le dijo en voz baja a Emily que al final la policía de Edimburgo no había presentado cargos, pero había enviado un mensaje diciendo que Donal debería mantenerse alejado por un tiempo al menos.

El banquete fue un evento bullicioso, con abundante comida y bebida para todos. Emily se alegró de ver que Aidan parecía estar disfrutando entre la multitud, y ella hizo todo lo posible por encajar a pesar de sus nervios.

Quizás debido a su nerviosismo, bebió un poco más del excelente vino servido en el festín, y definitivamente no debería haber tocado el whisky con el que los escoceses se deleitaban en brindar por su continua buena salud. Estaba bastante mareada cuando un ruidoso grupo de primos decidió que era hora de que el laird y su señora se fueran a la cama y no aceptaron un no por respuesta, escoltándola a ella y a Aidan hasta la cámara del laird con comentarios escandalosos y entonando canciones picantes que ella intentó no escuchar.

Aidan cerró firmemente la puerta a sus primos y la atrancó, sacudiendo la cabeza y riendo.

—Lo siento por ellos, Emily.

—Está bien —envalentonada por el whisky que le calentaba el estómago, Emily se acercó a Aidan y extendió los brazos para rodearle el cuello—. No estoy escandalizada. Después de todo, soy una mujer casada.

Él vaciló, mirándola a los ojos por un momento, sus brazos deslizándose alrededor de su cintura. Luego pareció recordar algo y se tensó, apartando las manos y mirando por encima de la cabeza de ella.

—Debes estar cansada. ¿Por qué no tomas la cama? Yo dormiré en el vestidor, hay una cama allí.

Emily parpadeó mientras él retrocedía, y sus manos volvieron a caer a los costados.

—¿Aidan? —dijo en voz baja, sin estar segura de la pregunta que estaba haciendo mientras él se alejaba—. ¿No quieres... nunca... conmigo...?

—Sí —él le daba la espalda—. Aún no, Emily. Tengo mis razones.

Ella se quedó mirando mientras él se alejaba, entrando en el vestidor y cerrando la puerta tras de sí con un clic decisivo.

Y entonces se arrojó boca abajo sobre la cama y lloró hasta quedarse dormida en la almohada que olía a su marido, el hombre que ni siquiera quería besarla.

Partieron hacia Londres a la mañana siguiente. Fiona había decidido acompañarlos, junto con varios otros miembros del clan MacAndrew extendido que por diversas razones decidieron viajar también, por lo que era un grupo numeroso el que partió. Con el clima aún favorable, Aidan había determinado que tendrían un viaje mucho más rápido en barco que el largo trayecto por tierra. Tomaron una pequeña embarcación hasta la desembocadura del Loch Lorne y encontraron un barco más grande esperándolos allí.

Para horror de Emily, el mareo que la había atormentado en el viaje a Raasay regresó, aunque afortunadamente no estaba tan enferma en este barco más grande. Aun así, pasó casi todo el viaje acostada en la litera del pequeño camarote que compartía con Fiona, capaz de hacer poco más que sorber té y ocasionalmente mordisquear una galleta seca, envidiando a Fiona y Aidan mientras se movían por el barco con tanta facilidad como en tierra firme.

—Creo que volveremos a Escocia en carruaje —murmuró Aidan mientras se sentaba a su lado una tarde, extendiendo la mano para acariciar su cabello en un raro gesto de afecto—. No es justo hacerte pasar por esto.

—Lo siento —dijo Emily—. Esto no va a impedir que vaya a Raasay contigo, lo prometo.

—Lo sé —parecía a punto de decir algo más, pero guardó silencio. Finalmente, esbozó una sonrisa—. El capitán dice que llegaremos a la desembocadura del Támesis en las próximas horas. Voy a hacer que nos desembarque en Southend, y tomaremos habitaciones para pasar la noche y un carruaje a Londres por la mañana. Considerando las mareas y el tiempo que tomaría navegar

río arriba, llegaremos más o menos al mismo tiempo de todos modos... y estarás mucho más cómoda.

Su corazón se hinchó ante su consideración. Una noche en tierra y veinte millas en carruaje sonaban como pura dicha comparado con más mareos.

Cuando desembarcaron del barco, Emily sintió una ola de alivio invadirla. El suelo firme bajo sus pies se sentía como una bendición después de días de balancearse de un lado a otro en las olas. Se aferró al brazo de Aidan mientras caminaban por el muelle, sintiéndose agradecida por su apoyo.

Una vez que llegaron a la posada donde pasarían la noche, Aidan se aseguró de que Emily estuviera cómoda y acomodada antes de irse a encargarse de los arreglos para su viaje a Londres al día siguiente. Emily tomó un baño caliente y se cambió a un vestido limpio, sintiéndose mucho mejor después del largo remojó.

Mientras bajaba las escaleras hacia el comedor de la posada, vio a Aidan sentado en una mesa en la esquina. Se sentó frente a él, sintiéndose un poco tímida bajo su intensa mirada.

—¿Te sientes mejor? —preguntó en voz baja.

—Mucho mejor. ¡Incluso tengo hambre! —Inhaló el delicioso aroma que se elevaba de los platos que una sirvienta estaba colocando en la mesa. Pastel de pichón, un estofado de res, pescado pochado en mantequilla y perejil, panecillos recién horneados y más fueron puestos frente a ellos, y Emily sintió que se le hacía agua la boca. Se obligó a comer lentamente, para evitar que su estómago se rebelara más, pero saboreó cada bocado.

Aidan la observaba comer con una pequeña sonrisa en su rostro, sin apartar los ojos de ella. Emily no pudo evitar sentir un aleteo en su estómago ante la intensidad de su mirada. Sabía que había algo que él quería decir, pero parecía dudar en hablar.

Finalmente, después de que ambos terminaron sus comidas y la sirvienta había retirado los platos, Aidan se inclinó sobre la mesa hacia ella.

—Emily, sé que me he estado conteniendo contigo —comenzó, con voz baja e intensa—. Pero hay razones para eso. Razones que creo que necesitas conocer.

El corazón de Emily dio un vuelco. Podía sentir el peso de sus palabras antes de que las pronunciara.

—Este matrimonio no fue tu elección, lo sé. Te viste acorralada por tu horrible padrastro y mi primo, y me elegiste a mí porque era la única alternativa que tenías.

Ella no sabía adónde quería llegar con la conversación, pero una repentina sensación de frío en la boca del estómago, a pesar de la comida caliente que acababa de comer, le dijo que no era nada

bueno. Asintió en comprensión de sus palabras.

—Te apoyaré para que obtengas tu dinero de los fideicomisarios —continuó Aidan—. Te ayudaré a abrir una cuenta bancaria y me aseguraré de que nadie pueda quitarte el dinero, y luego... quiero que lo que suceda después sea tu elección. Como no hemos consumado el matrimonio, y en realidad no he solicitado la licencia al sheriff, no sería tan difícil anularlo.

—¡Anularlo! —La palabra brotó de ella.

Aidan levantó una mano, silenciándola antes de que pudiera decir más. —Eso no es lo que quiero —continuó, con voz tranquila y firme—. Quiero que tú tomes la decisión. Entiendo que no elegiste este matrimonio, y jamás me impondría sobre ti. Pero también quiero que sepas que me importas, Emily. Deseo estar contigo, pero solo si tú también lo deseas.

La cabeza de Emily daba vueltas. —Yo... no sé qué decir —balbuceó—. Nunca pensé...

—No tienes que decir nada ahora —dijo Aidan—. De hecho, es probablemente mejor si no lo haces, solo en caso de que de alguna manera la noticia llegue a tus fideicomisarios, porque temo que si se dan cuenta de que el matrimonio podría no ser válido, podrían ponerse del lado de tu padrastro.

Ella asintió, comprendiendo su razonamiento, aún incapaz de creer lo que él le estaba ofreciendo. Libertad completa, nada menos. Control sobre su propio dinero sin tener que responder a un marido o fideicomisarios.

—Que descanses bien, Emily —dijo Aidan en voz baja—. Mañana nos preocuparemos por todo lo demás.



Capítulo Once

LA CABEZA DE EMILY seguía dando vueltas a la mañana siguiente. Ni siquiera podía discutir el asunto con Aidan en el carruaje, pues Fiona había decidido desembarcar con ellos en lugar de continuar con el barco, y pasó el trayecto en el carruaje charlando alegremente sobre la ropa que Emily necesitaría comprarse en Londres para su matrimonio y lo divertido que sería ir de compras juntas.

Emily sabía que, en efecto, necesitaba ropa nueva: apenas tenía algo adecuado para la vida como Lady MacAndrew, e ir de compras con Fiona sería, sin duda, divertido, pero no podía pensar en nada más que en su conversación con Aidan la noche anterior.

¿Realmente quería anular su matrimonio? Lo observaba, de perfil mientras miraba por la ventana del carruaje. Había afirmado que anular el matrimonio no era lo que quería, pero ¿lo decía en serio?

—Si no te hubieras casado conmigo —dijo Emily durante un breve silencio en el parloteo de Fiona—, ¿habría alguien más? ¿Otra chica por la que... tal vez sintieras algo, quizás?

—Bueno, estaba Hilary Stirling —comenzó Fiona—, o Shona McDougall...

—No —la interrumpió Aidan, volviendo la cabeza para mirar a los ojos a Emily—. No había nadie más con quien hubiera considerado casarme.

El corazón de Emily dio un vuelco ante sus palabras. ¿Podría ser que realmente se preocupaba por ella? No pudo evitar preguntarse cómo sería su vida si permanecieran casados. ¿Serían felices juntos o pasarían los días en un matrimonio sin amor?

Cuando llegaron a Londres y se instalaron en su alojamiento, Emily se encontró incapaz de concentrarse en otra cosa que no fuera la propuesta de Aidan. Quería hablar con él al respecto, pero cada vez que lo intentaba, tropezaba con sus palabras. Finalmente, al tercer día de estar en Londres, encontró el coraje para sacarlo a relucir de nuevo.

—Aidan, sobre lo que dijiste en Southend —comenzó, su voz apenas un susurro—, ¿lo decías en serio? ¿Sobre dejarme decidir?

Él se volvió para mirarla, su expresión seria.

—Por supuesto que sí, Emily. Quiero que seas feliz, y si estar conmigo no es lo que deseas, entonces no te obligaré —vaciló y luego dijo—: Me hiciste una pregunta, sobre si había alguien más con quien hubiera preferido casarme. ¿Y tú? ¿Había... hay alguien a quien hubieras elegido? —¡No! —la palabra brotó de ella, una negación instantánea y sorprendida—. ¡Nunca ha habido nadie más que tú! Sé que le dije que sí a Donal, pero...

—Pero luego le dijiste que no —una sonrisa irónica curvó sus labios—. Creo que él fue simplemente el primer candidato remotamente aceptable que te presentaron, al menos hasta que descubriste su verdadera personalidad.

—¡Exactamente! —asintió Emily con vehemencia—. Si hubieras sido tú... pero entonces mi padrastro nunca te habría considerado siquiera. Tienes integridad y nunca habrías aceptado casarte conmigo por mi fortuna, y mucho menos para estafarnos y compartirla con él. Nunca me habría permitido acercarme a ti, así que, honestamente, debo estarle agradecida por presentarme a Donal, porque sin todo ese lío nunca te habría conocido.

Todo su rostro se suavizó mientras la escuchaba, y extendió la mano para tomar la de ella.

—Yo también me alegro —dijo suavemente—, sobre todo de que tuvieras el coraje de negarte cuando llegó el momento.

Se sentaron un momento mirándose el uno al otro, y luego Aidan pareció sacudirse un poco.

—Recibí una nota esta mañana, de tu padrino. Los fideicomisarios están listos para verme.

—¿Solo a ti? —Emily no se sorprendió. Por muy cariñoso que fuera su padrino con ella, era un tipo anticuado que creía que las mujeres eran el sexo inferior y definitivamente no debían involucrarse en las decisiones sobre sus propias vidas.

—Solo a mí, aunque llevaré a mi abogado de Londres conmigo en caso de que tu padrastro intente alguna treta. Por supuesto, los alentaré a hablar contigo sobre qué hacer con tu dinero.

—Ni te molestes —Emily no se molestó en moderar la nota cáustica que se deslizó en su tono—. Ni por un momento me considerarían capaz de administrarlo. Te lo entregarán todo siempre y cuando puedas demostrar, a su satisfacción, que estamos casados.

—Tontos —dijo Aidan con disgusto—. Entonces dependerá de ti y de mí determinar nuestros propios acuerdos matrimoniales, si decides permanecer casada conmigo. Traeré a mi abogado para que te conozca y puedas dictar tus términos.

El corazón de Emily se hinchó de gratitud hacia Aidan. Realmente quería decir lo que decía. No estaba simplemente tratando de ser amable o galante. Le estaba dando la libertad de tomar sus propias decisiones. No pudo evitar sentir un profundo alivio. Tendría el poder de administrar sus propias finanzas y vida, sin la intromisión y manipulación de su padrastro y los fideicomisarios.

—Gracias, Aidan —dijo Emily, su voz apenas un susurro—. Gracias por todo lo que estás haciendo por mí. No sé qué haría sin ti.

—Espero que no tengas que averiguarlo —besó su mano antes de ponerse de pie—. Creo que madre quiere empezar con esas compras de las que ha estado hablando, mientras me reúno con los fideicomisarios. ¡Espero que estés lista para visitar cada modista de Bond Street!



Aidan no se lo había contado a Emily, pero había contratado a un Corredor de Bow Street el primer día que llegaron a Londres, para averiguar dónde estaba el padrastro de Emily y qué había estado haciendo. A Aidan no le sorprendió en absoluto cuando el Corredor le informó que Keevan Holt ya llevaba una quincena en Londres, contándole a todo aquel que quisiera escucharlo sobre el bárbaro escocés que había secuestrado a su pupila y se había casado con ella en contra de su voluntad. Aidan sabía que necesitaría una refutación convincente a las acusaciones de Holt cuando se enfrentara a los fideicomisarios. Le había dolido hacerlo, pero había recurrido a su primo Donal, que también estaba en Londres lamiendo sus heridas.

Donal ni siquiera quería ver a Aidan al principio, pero el fajo de billetes de banco que el hombre de Aidan había ofrecido como soborno al menos logró que Donal accediera a una reunión.

—Me robaste lo único bueno que me ha pasado en la vida —fue la acusación inicial de Donal.

—Buenos días a ti también —dijo Aidan, un poco sorprendido por la apariencia de su primo. Los ojos de Donal estaban enrojecidos y legañosos, parecía llevar la misma ropa desde al menos el día anterior y olía a whisky.

—Lárgate.

—Eres un idiota —Aidan fue directo al grano—. ¿Cuánto tiempo crees que Keevan Holt te habría dejado vivir, una vez que tú y él hubieran abierto los fondos fiduciarios de Emily?

Donal se detuvo con un vaso a medio camino de sus labios. —¿Cómo dices?

—Holt necesitaba que Emily se casara para tener acceso a sus fondos —explicó Aidan como si se lo dijera a un niño pequeño—. Te eligió a ti porque, a pesar de tus defectos, tienes un rostro lo bastante apuesto como para que pensara que le agradarías a ella, mejor que otros candidatos que

había presentado antes. Pero de ninguna manera te habría dejado gastar alegremente su dinero. Habrías sufrido un desafortunado accidente —una rueda de coche rota, una cincha reventada— y Emily habría sido una rica viuda de vuelta bajo su control, sin fideicomisarios que le impidieran gastar lo que quisiera.

Donal dejó el vaso sobre la mesa y miró fijamente a Aidan. Parecía completamente sin palabras. —Ya he firmado una serie de documentos que protegerán a Emily y a su dinero de Holt para siempre, y le envié una copia —sólo para anticiparme a que tuviera ideas similares de deshacerse de mí. Ahora está entrando en pánico e hará cualquier cosa para evitar que los fideicomisarios reconozcan nuestro matrimonio. Y ahí es donde entras tú.

—¿Qué saco yo de esto? —preguntó finalmente Donal, una vez que Aidan le había explicado su plan.

—La supervivencia —dijo Aidan con sequedad—, que es mucho más de lo que Holt te habría dado.

Donal resopló y volvió a tomar su vaso de whisky.

—Y diez mil libras.

Donal miró a Aidan con los ojos muy abiertos. —¿Diez mil...?

—Con una condición —Aidan alzó un dedo—. Te llevas el dinero y te embarcas hacia América. Enfrentémoslo, siempre te ha molestado tener que responderme a mí como jefe del clan. Ve a América con ese dinero y nunca más tendrás que responderle a nadie. Nunca más tendré que estar vigilándote con ojos críticos.

Aidan esperaba que su primo pudiera hacer algo de sí mismo con un nuevo comienzo en América, pero en privado lo dudaba. Diez mil libras era un buen trozo de su propia fortuna, pero era un precio pequeño a pagar por no tener que preocuparse nunca más por Donal... y por asegurar que Emily nunca tuviera que ver cara a cara al hombre que la había dejado plantada en el altar.

—Diez mil libras —dijo Donal y dejó su vaso sobre la mesa—. Repítame de nuevo qué necesitas que les diga a los fideicomisarios.



La reunión con los fideicomisarios no salió en absoluto como Keevan Holt había esperado, pensó Aidan con satisfacción mientras veía cómo sacaban a los otros hombres de la habitación esposados y con los hombros caídos. Había dejado que Holt dijera su parte, que hiciera sus acusaciones desquiciadas... y luego Aidan le había pedido a Donal que entrara en la sala y les explicara a los fideicomisarios cómo Keevan Holt había planeado defraudar a Emily de su fortuna y cómo había estado jugando con fondos que nunca le habían pertenecido.

Consternados e indignados, los fideicomisarios habían exigido que detuvieran a Holt de inmediato y que se abriera una investigación sobre los fondos que ya había reclamado para el mantenimiento de Emily. El padrino de Emily se había disculpado personalmente con Aidan y había prometido publicar un aviso en los periódicos refutando los chismes que Holt había estado difundiendo, y reconociendo formalmente el matrimonio de Aidan y Emily. Aidan aceptó con gracia.

Ahora sólo tenía que regresar a su alojamiento y darle a Emily las buenas noticias.

Donal le agarró el codo a Aidan mientras salían del edificio. —¿Mis fondos?

—Pasa por la oficina de mi abogado mañana por la mañana. Tendrá un giro bancario listo para ti.

Y Donal —Aidan esperó hasta que su primo lo miró a los ojos—. Quiero recibir un aviso de que has zarpado hacia las Américas dentro del mes.

—Sí —dijo Donal, un poco de mala gana—. Lo tendrás.

—Buena suerte —dijo Aidan, y su primo se detuvo antes de asentir brevemente.

No había esperado agradecimientos, pensó Aidan con una sonrisa irónica mientras veía a su primo alejarse. Tal vez el simple hecho de deshacerse de Donal permanentemente era suficiente.



Capítulo Doce

EMILY CASI ENTRÓ BAILANDO en el salón, seguida por una Fiona risueña y tres lacayos con los brazos llenos de paquetes. Se detuvo frente a Aidan e hizo una pequeña pirueta, con las manos revoloteando graciosamente a sus costados.

—¿Qué te parece?

Él casi se había tragado la lengua al verla. Vestida con un impresionante y moderno vestido del mismo azul periwinckle que sus ojos y un ingenioso sombrero ladeado en un ángulo atrevido sobre su cabello dorado, se veía absolutamente hermosa. Aidan no pudo hacer más que mirarla boquiabierto durante varios momentos, al menos hasta que ella comenzó a verse insegura, y entonces se obligó a dar un paso adelante y tomarle las manos.

—Estás... gloriosa —logró decir, recompensado con el regreso de esa brillante sonrisa.

—Tu madre y yo hemos gastado demasiado dinero, ¡pero mira! —Se balanceó un poco de lado a lado, haciendo que la seda de su falda susurrara alrededor de sus piernas—. Nunca he tenido un vestido tan elegante, y este es solo el primero de muchos; la costurera lo alteró para mí en el momento y está haciendo una docena más a mis medidas exactas.

—¿Solo una docena? —preguntó él, con una sonrisa—. Te estás quedando corta, madre. Esperaba que hubieras encargado al menos cien.

—Aún nos quedan más modistas por visitar —respondió Fiona entre risas—. ¡No, ahí no! —Detuvo a uno de los lacayos, que estaba a punto de dejar sus paquetes sobre una mesa—. A las habitaciones de Lady MacAndrew, por favor. —Espantó a los lacayos de la habitación y los siguió afuera, cerrando la puerta tras de sí para dejar a Aidan y Emily a solas.

—Cuéntame qué pasó en la reunión —pidió Emily suavemente—. ¿Mi padrastro intentó causar problemas?

—Lo intentó. No se lo permití. —Aidan dudó, no queriendo angustiar a Emily, pero consciente de la promesa que había hecho semanas atrás, de que nunca le ocultaría secretos—. Recluté a Donal para que le dijera la verdad a los fideicomisarios, sobre las apuestas de Holt y sus planes para tu dinero. Holt ha sido arrestado y los fideicomisarios van a investigarlo por fraude.

—¿Qué?! —Emily parecía conmovida—. ¿Por qué Donal te ayudaría? —preguntó francamente.

—Le pagué. Para que no hiciera nada más que decir la verdad, eso sí —se apresuró a señalar Aidan—. Y con la condición de que emigrara a América con el dinero y nunca regresara.

—Vaya, Dios mío. Entonces... ¿se acabó?

—Así es. Después de eso, los fideicomisarios apenas se molestaron en revisar los papeles que les entregué. Dejé todos los detalles a mi abogado, pero los fondos serán completamente tuyos en unas pocas semanas como máximo.

La sonrisa alegre en el rostro de Emily hizo que el corazón de Aidan doliera. Le había dado todo lo que necesitaba para ser libre, de todos, incluso de él.

Ahora solo tenía que esperar que ella pudiera quererlo aunque fuera una fracción de lo mucho que él la amaba.



Mientras Emily se acercaba a Aidan, sus ojos se encontraron en una comunicación silenciosa. Ella podía ver la profundidad de su amor en su mirada, y su corazón se hinchó con un afecto feroz por este hombre que había hecho tanto por ella.

—Gracias —susurró, y sin pensarlo, se puso de puntillas y presionó suavemente sus labios contra los de él.

El beso fue breve pero eléctrico, enviando una descarga de sensaciones por su columna. Los brazos de Aidan la rodearon, manteniéndola cerca, y por un momento, Emily sintió como si nada más en el mundo existiera excepto ellos dos.

Cuando se separaron, los ojos de Aidan estaban oscuros de emoción.

—Te amo, Emily —dijo, con voz baja e intensa.

—Y yo te amo a ti —respondió ella, levantando su mano para tocar su mejilla—. Nunca pensé que podría amar a alguien así. Pero me has mostrado lo que significa realmente querer a otra persona.

Los ojos de Aidan se ensancharon.

—¿Tú... me amas? —dijo, sonando verdaderamente asombrado.

—¡Por supuesto que sí! —respondió ella, sorprendida de que pudiera dudarlo—. ¡Ningún otro hombre vivo habría hecho lo que tú has hecho por mí, desde el primer momento en que nos conocimos! —Alzó la mano para acunar su mejilla—. ¿Cómo podría no enamorarme de ti?

Él tragó saliva, adorablemente inseguro.

—¿Entonces podrías considerar seguir casada conmigo?

—Aidan MacAndrew —dijo ella severamente—, si siquiera consideras intentar anular nuestro matrimonio, nunca, jamás te lo perdonaré.

Él se rió, sus brazos apretándose alrededor de su cintura para acercarla más a él.

—Prometo que nunca volveré a mencionar siquiera la idea.

Emily rodeó su cuello con sus brazos, sus dedos enredándose en las suaves ondas de su cabello. Presionó sus labios contra los de él nuevamente, esta vez con más fervor, vertiendo todas sus emociones en el beso.

Se separaron, ambos un poco sin aliento. Aidan apoyó su frente contra la de ella, con los ojos cerrados.

—Eres mi todo, Emily —murmuró—. Haré cualquier cosa por ti, siempre.

—Y yo por ti —respondió ella, trazando la línea de su mandíbula con las yemas de los dedos—. Nunca quiero estar separada de ti otra vez.

Aidan abrió los ojos y la miró con una intensidad feroz.

—Entonces no lo estaremos. Enfrentaremos juntos lo que venga, siempre.

Emily sonrió, sintiendo que una sensación de satisfacción la invadía. Tenía todo lo que podía desear: un esposo amoroso, una fortuna propia y la libertad de vivir su vida como eligiera.

—Deberíamos subir —susurró, un poco tímida pero decidida—. Asegurarnos de que ya no haya motivos para una anulación, ¿hm?

Aidan se rió, entrelazando sus dedos con los de ella.

—Tus deseos son órdenes, mi señora. Siempre.

~ **Fin** ~



Otros libros de la autora Catherine Bilson

LA SERIES Las Novias Ruborizadas

Un Conde para Ellen

Un Marqués para Marianne

Un Duque para Diana

Un Capitán para Clarissa

Su Querida Duquesa

La Novia Dijo No

¡Estate atento a mi nueva serie *Las Novias de Belle Haven*, que llegará pronto!